



LA PLEGARIA DE LOS NAUFRAGOS.

Drama de espectáculo en cinco actos, arreglado á la escena española por D. Ramon de Valladares y Saavedra, representado en el teatro de la Cruz, el de mayo de 1854.

PERSONAGES.

ACTORES.

MR. CARLOS, <i>aventurero</i> . . .	Sr. Garcia.
MARTIN, <i>marinero de la corbeta Urania</i>	Ferro.
RAUL DE LASCOURS, <i>capitan de la corbeta</i>	Mali.
JORGE DE LAVAL	Segarra.
HORACIO DE BRIONES . . .	Burgos.
MEDOC, <i>carpintero de la corbeta</i>	Bourier.
UN SECRETARIO de embajada.	Morante.
MARINERO 1.º	Solans.
MARINERO 2.º	Masoli.
UN OFICIAL	Giron.
LUISA DE LASCOURS	Sra. Valero.
OGARITA	Fenoquio.
LA CONDESA DE THERINGE .	Mendez.
DIANA	Cruz.
MARTA, <i>niña de seis años</i> . .	Nina Fabiani.

La escena pasa hácia 1705, en los dos primeros actos, y quince años despues en los tres restantes.

ACTO PRIMERO.

A bordo de la corbeta La Urania. El puente de un buque del tiempo de Luis XIV.

ESCENA PRIMERA.

RAUL, el SEGUNDO CONTRAMAESTRE, *marineros*.

RAUL. El velamen de noche ha sido bueno?
 SEG. Algo débil, mi capitán.
 RAUL. El viento de hoy parece mas apacible.
 SEG. Si, mi capitán. Tenemos tendidas las bajas velas y las gabias.
 RAUL. Pues es preciso aumentar la tela.
 SEG. (mandando.) Fila! Izar las garras! (silencio.) Arriba todo el mundo. (oyese un silbido del maestre de cuarto; maniobra.)
 RAUL. El camino es hermoso, y antes de concluir la semana, divisaremos las costas de Méjico. (levantando la

voz.) Marineros de la Urania, mañana á estas horas, si el tiempo no ha cambiado, nos dirigiremos sobre Acapulco. Esperanza y valor!

ESCENA II.

Los mismos, LUISA.

LUIS. Raul! Raul mio! (corre hácia su marido; el Segundo y los marineros vuelven á sus puestos.)
 RAUL. Has dormido bien, querida esposa?
 LUIS. No; he pasado una noche terrible.
 RAUL. En efecto! Qué pálida estás!
 LUIS. No tienes alguna mala noticia que anunciarme?
 RAUL. Al contrario; ya tocamos al término de nuestro viage. Pasados muy pocos dias, abrazarás á tu madre y á tu hermano; colmarás de caricias á tu Diana, tu otra hija querida, y nuestros dos angeles dormirán á nuestro lado en una misma cuna.
 LUIS. Hice mal confiando á otras manos á mi hija, permaneciendo además tres años lejos de ella, dejándola en Méjico al partir para Francia.
 RAUL. Oyeme, Luisa; ¿no hubiéramos sido culpables esponiendo á Diana, la mas joven de nuestras dos hijas, tan débil y tan enfermiza, á las fatigas de una larga travesía? Quanto mas prudente ha sido dejarla al lado de tu madre, de esa excelente señora de Theringe! Olvidas que el porvenir de nuestros hijos dependia de este viage? Desde que la revocacion del edicto de Nantes obligo á nuestras familias á emigrar á Méjico, hemos conocido la necesidad, casi la pobreza, y mi profesion de marino apenas bastaba para alimentarnos. Esta existencia de trabajo y de privaciones la hemos soportado valerosamente, pero deber nuestro era evitársela á nuestros hijos, y hemos ido á Francia á recoger los restos de la herencia paternal, que algunos altos protectores nos han hecho devolver. No somos ricos, pero gracias á este viage, no legaremos á Diana y á Marta el trabajo y la miseria. Para ellas bastante es el destierro.
 LUIS. Perdóname, mi noble Raul; tu voz es tan persuasiva, tan tranquila tu mirada, que mis pueriles temores se disipan, y cuando tu mano leal estrecha así la mia, creo en el porvenir... creo en la dicha!

RAUL. Esta mañana, Luisa, cuando hiciste rezar á Marta esa plegaria tan tierna que aprendida de tu madre, y que has enseñado á tus hijas, estaba yo pensando que en aquel instante, Diana arrodillada al lado de su abuela, dirigía al cielo la misma plegaria.

LUI. Si, Dios vela sobre nosotros, Raul, y el tiempo de las pruebas ha pasado. Admirémos juntos los esplendores del cielo y del océano. En cada pliegue de esas ondas, hay como un beso; y como una sonrisa divina en cada rayo de ese sol. Oh! bendita sea la brisa que nos impele á la ribera, donde nuestra hija nos aguarda!

RAUL. Pero y nuestra Marta?

LUI. No sé. (di algunos pasos hácia un grupo de marineros colocados detrás, y retrocede vivamente hácia Raul.)

RAUL. Sin duda estará con su amigo Martin.

LUI. (bajando la voz.) Hm... Raul, estás seguro de la tripulación?

RAUL. Por qué me lo preguntas?

LUI. Porque muchas veces, ahora mismo, me parecía advertir un no sé qué de siniestro en el mirar de esos hombres.

RAUL. Delirios de tu imaginación.

LUI. Oh, no! Esas gentes deben odiarme. Mira, ayer el maestro carpintero, al pasar junto á mi, me miró fijamente sin saludarme. Poco despues, el jefe de la timonaria, á quien dirigí una pregunta, se hizo el desentendido, y como yo insistiese, muchos marineros se pusieron á lanzar, con el mayor descaro, y encogiéndose de hombros, carcajadas estúpidas y feroces.

RAUL. Vea, Luisa mia, que sueñas despierta. (Martin entra con Maria.)

ESCENA III.

Los mismos, MARTIN, MARTA.

RAUL. Este, por ejemplo, no te alarmará.

MAR. Servidor vuestro, mi capitán... Señora capitana, buenos días.

LUI. (sonriendo.) Pobre Martin!

MAR. (riendo con estupidez.) Eh, eh, eh!

RAUL. De qué te ries?

MAR. No lo sé, mi capitán. Eh, eh, eh! Parece que estás contento; mi señora la capitana no aparenta tristeza, y la capitancilla está aquí pellicándome las piernas... eso me prueba que toda la familia está alegre, y qué quereis! También me dan ganas de reír de gozo! Eh, eh, eh! (se sienta y juega con Maria.)

Venid, señorita, aquí están mis piernas y mis narices!

RAUL. Pobrecillo! Es el hazme reír de nuestra hija

Marta... Un excelente perro de Terranova.

MARTA. Ladra, Martin, ladra.

MAR. Huah, huah, huah!

MARTA. Ay qué mal ladras!

MAR. Puede ser! Creo que tengo un gato enredado en la garganta! Pero ya lo sacaremos con el saca-trapos!

RAUL. Ven aquí, Martin!

MAR. No puedo, mi capitán... la capitancilla me tiene asido por las narices... Tirad firme, mi capitana, no hay peligro de que se desuelen... pero tirad del lado en que está vuestro padre, para que pueda obedecerle! Tirad mas fuerte!

LUI. Suéltale.

MAR. No la riñais, señora; yo soy quien la echa á perder. (se levanta.) Presente, mi capitán.

RAUL. Martin, quieres mucho á esa niña?

MAR. Canario! Yo lo creo... Si la quiero! Una chica que

me arranca las narices, que me desuelen las orejas, y me pellican las pantorrillas! (se frota las piernas.)

Si señor, y mucho que quiero! Vaya si la quiero!

RAUL. Y por qué la quieres?

MAR. (risa estúpida.) Por qué? Ah, eh, ab! Por de pronto, mi capitán...

RAUL. Responde!

MAR. Voto á San! La quiero porque... Deseais que os hable en plata? Pues no lo sé... pero la quiero mas que á mi corbeta...

RAUL. Y si Marta corriese algun peligro, la defenderias, no es verdad?

MAR. (con fuerza.) Oh! eso, eso si. (dudando.) Pero no estoy muy cierto.

LUI. Eh?

MAR. Porque tengo miedo... de tener miedo.

RAUL. Tú?

MAR. Si, mi capitán, tengo unos miedos feroces.

RAUL. Y por qué de las hechas marinero? Por qué no te has quedado en tierra?

MAR. Por miedo á los carruajes.

RAUL. Y los que te conocian tan cobarde, no te han aconsejado que escogieras otra carrera?

MAR. Si señor; mi tío Baltasar, labrador en Nanterre, de donde, con perdon vuestro, soy natural, me queria detener á la fuerza el dia de mi salida para Donquerque; habia con él algunos vecinos y ocho mozos de labranza que me obstruian el paso, y levantaban contra mi sus palas. Al verlos se apodera de mi el miedo y me dan ideas de arañar y de morder. Yo soy así, cuando tengo miedo no me conozco; me vuelvo un verdadero tigre, un león! Me arrojo en medio de la multitud, y puñadas á un lado, y patadas á otro; derribo dos en tierra, hecho un ojo fuera á otro, desalojo un par de muelas de las encias de mi tío, huyen los demás, y yo me fui tan fresco á Donquerque... Pero lo que se decir es, que aquel dia tuve un miedo tremendo. (oyese la campana; los marineros salen á la escena.)

RAUL. El desayuno de la tripulación.

MARTA. Papá, yo me quedo con mi amigo Martin.

MAR. Qué chica mas zalamera!

RAUL. Y tú, Luisa, quieres asistir á el almuerzo de los marineros?

LUI. No; prefiero que volvamos á leer juntos esas preciosas cartas en que mi buena madre nos refiere dia por dia la infancia de Diana. (á Martin.) No la dejes un instante, Martin.

MAR. Descuidad, señora.

RAUL. (á un marinero.) Os lo repito, antes de ocho dias la Uragia entrará en el puerto de Acapulco.

CARPINTERO. (Si! Como no veas otro!)

RAUL. Con que, amigos, buen apetito y racion doble.

ALGUNOS MARINEROS. Viva el capitán!

LUI. (bajo á Raul.) Observas que no han gritado todos?

RAUL. Ven, Luisa, ven. (bajan.)

ESCENA IV.

MARTIN, MARTA, CARPINTERO, MARINEROS.

MAR. 1.º Cuerpo de Barrabás! Esto no es galleta, es pedernal!

MAR. 2.º. Ni las ratas la quieren.

CARP. Racion doble! El capitán es generoso á poca costa.

MAR. No hay que hacerse los melindrosos, que á buen hambre no hay pan duro. Cuando yo tengo hambre, soy capaz de comerme una pieza de á ocho con su cucha, escobillon y saca-trapos. Vaya con el delicado

del señor Pacomio; á ver, traed lianas y pollos ahogados, y ligáramos de Jerez para el señorito Pacomio...
Qué lastima de hambre de un mes! (los marineros murmuran.)

MAR. 1.º Vaya al diablo! Yo no quiero esta pócima!

MAR. 2.º Ni yo. (arrojan la gallina y muchos marineros los imitan.)

CARP. (bajando la voz) Paciencia, camaradas, y nuestro salvador cumplirá lo que ya os he prometido en su nombre.

MAR. 3.º Y ese salvador, está de acuerdo con el capitán?

CARP. Qué te importa?

MAR. 3.º Cáspita! Mejor sería así para mi conciencia.

CARP. (Te borraré de mi lista.)

MAR. 1.º Y qué, no acabaremos nunca?

CARP. Dejad obrar al amo, y esperad la señal.

MAR. 2.º Estamos prontos.

CARP. (Con estos puedo contar de seguro. No hay remedio; estamos en mayoría.) (vá al fondo.)

MAR. Qué es eso? No coméis, estais taciturnos, y cachibceais por los rincones... y es el maestro Carpintero, el tío Medoc, quien os quita el apetito y la alegría con sus historias... El tío Medoc es como el genio de la discordia; que ha arrojado su tea en medio de la nave.

CARP. (roltiendo á la escena.) Una pregunta, marinero.

MAR. 3.º Decid.

CARP. Mira un poco hácia aquel lado... mira bien... ves tierra?

MAR. 3.º Ni por asomo.

CARP. Pues supongamos que la vieras... supongamos mas, que hay en la rivera montañas de luises de oro, qué harías?

MAR. 3.º Yo? Iria al instante á llenarme los bolsillos.

CARP. Eso es muy natural... Pero y si el capitán de Lascaours se oponia; si tu capitán mandase una maniobra que te alejase para siempre de esa ribera, qué harías?

MAR. 3.º Voto á...!

MAR. Obedecerías, marinero. permanecerías fiel en tu puesto, supena de ser tratado como un desertor, un infiel.

MUCHOS MARINEROS. Si, si, Martin tiene razon.

CARP. (Estoy cierto; diez y seis por nosotros y cuatro por ellos.)

SEGUNDO. (dentro.) Todo el mundo á la maniobra!

MAR. A la maniobra! (los marineros se retiran cambiando señas de inteligencia.) Tío Medoc, no entiendo una palabra de todas esas añagazas; pero vendremos á parar en que tendré que decirlo al capitán, á ver si él lo entiende.

CARP. Desgraciado de tí!

MAR. La fortuna que teneis, tío Medoc, es que soy un cobarde, que sino, yo os diria lo que es bueno.

CARP. Y qué me habias de decir?

MAR. Si tuviese valor, os diria, que desde nuestra partida no haceis mas que alborotar la cabeza de nuestros camaradas con vuestras satánicas historias; que embaucáis á la tripulacion en favor del diablo, que sois un pillo, un perverso, un canalla, un... En fin, nada! Soy un cobarde, y no me atrevo á decirlo. (Me es igual, ya lo tiene dentro del cuerpo.) Con que tío Medoc, tan amigos como antes. (vase corriendo.)

CARP. Ay de tí, miserable!

ESCENA V.

EL MAESTRO CARPINTERO, CARLOS.

CAR. Qué hay de nuevo, Medoc?

CARP. Nada, señor pasajero.

CAR. Parece que retiras!

CARP. Con ese moscardon de Martin.

CAR. Martin! Es de los nuestros!

CARP. No señor, gracias al cielo!

CAR. Es decir que aun encontramos resistencia?

CARP. Muy poca.

CAR. Cuántos?

CARP. Cuatro.

CAR. Cuáles son?

CARP. El segundo, que no sabe una palabra; el grumete Camuset, que nada comprende, Boursicot, marinero perezoso, y ese tunante de Martin... total, cuatro.

CAR. Te equivocas.

CARP. Cinco?

CAR. Te has olvidado del capitán Mr. de Lascaours.

CARP. Bien... Entonces...

CAR. Y nosotros?

CARP. Diez y seis, y de los mas bravos!

CAR. Basta y sobra.

CARP. Por mi parte he trabajado sin descanso; al partir de Dunquerque no éramos mas que seis, en el Cabo de Hornos ya habia ganado seis mas, y ahora llegamos á diez y seis.

CAR. Bien, Medoc, serás recompensado como mereces.

CARP. Y cuándo se dá el golpe? No necesito aconsejaros sobre esto, Mr. Carlos; bien sabéis lo que sucede. La tripulacion está impaciente, puede prenderse la mecha y estallar en vano.

CAR. Vá á preguntar al capitán Raul de Lascaours, si quiere hacer el honor de recibir al pasajero Carlos.

CARP. Con eso podré torcer pronto el pescuezo á ese bribon.

CAR. A quién amenazas así?

CARP. A Martin, que anda allá haciendo cabriotas con la hija del capitán.

CAR. Es muy linda esa muchacha! (Marta sale corriendo seguida de Marta.) Te asusto, niña?

MARTIN. Si señor, la asustais, y él tambien; ese tiburon del tío Medoc. Vámonos, niña, que tengo miedo de esos dos bichos, y hoy á estrangularlos. (vase llevando á Marta en brazos.)

CAR. A proposito, Medoc...

CARP. Hablad.

CAR. Cuando vuelvas, no pierdas de vista á esa niña.

CARP. Convenidos. (Qué hombre! En todo piensa!) (baja al cuarto del capitán.)

CAR. (solo.) Delicioso cuadro! La mar está en una calma perfecta; el viento acaricia las velas, el sol dora los cordages, y esa niña que juguetea, completa un conjunto pintoresco de descanso, de lux y de dulce armonia! Me he puesto mi casaca nueva; he cuidado de toda mi persona! Quién sería capaz de adivinar en mí, ni alrededor de mí, el preludio de un acontecimiento terrible? Cosa estraña es la vida humana con sus contrastes! Es en verdad una ironia eterna! Un relámpago que aparezca hará bramar las olas! Una palabra que se pronuncie hará correr á torrentes la sangre humana! Sírveme de modelo, Océano pérfido, que bajo una superficie tranquila, ocultas los monstruos y los abismos! Tambien esto es muy curioso; apenas conozco á Mr. de Lascaours, y de él depende que yo sea simplemente un hombre hábil, ó que me convierta en criminal de primer orden. Que la casualidad decida... dispuesto me hallo á todo.

CARP. (entrando.) Señor?

CAR. Qué hay?

CARP. Por no incomodar á su esposa, que lee unos papelotes, el capitán vendrá aquí á hablaros.

CAR. Atención, y no te alejes.
 CARP. Descuidad. (sale; Raul aparece en el punto.)

ESCENA VI.

CARLOS, RAUL.

RAUL. Descabais hablarme, caballero?

CAR. Sí.

RAUL. Vais á darme alguna queja?

CAR. Vuestro navio se halla tan bien mandado, que no es posible tener en él la menor queja. (Raul se inclina.) No se trata de eso... Es de mi mismo, de quien quiero hablaros.

RAUL. De vos?

CAR. Desde nuestra salida de Francia he procurado no seros molesto; pero ya es tiempo de que conozcáis al extraño huésped que llevais á vuestro bordo.

RAUL. Hablad.

CAR. Nací en Méjico, de una familia bastante vulgar, mis padres eran unos pobres labradores, que creían seriamente en el diablo, y pasaban una vida miserable entre la oracion y el trabajo, persuadidos de buena fé de que la miseria conduce reclamante al cielo. Cómo es que esa existencia monótona y servil no me haya inspirado mas que tedio? Como es que apenas pude, y para respirar el aire libre, desgarré con mis infantiles manos la crisálida grosera en que me sofocaba?... Esto es lo que ignoro, y lo que no deseo tomarme la molestia de profundizar! Marché, sin temor, delante de mi mismo, dándoseme poco de saber si el soplo que me impelia adelante, procedia del cielo ó del infierno.

RAUL. Pero no comprendo...

CAR. Desde muy joven me senti acometido de todas las ambiciones... las del lujo, las del poder, las de los placeres. Algo despues, lo que al principio era instinto, se convirtió en calculo, y el joven quiso dar una forma palpable á las fugitivas quimeras del niño. Entonces me compadece de mis compatriotas, cuya inteligencia está aniquitada y esterilizada como su suelo; vendí mi corto patrimonio, y me embarqué para la Francia. Una vez llegado á aquel pais, reconcentré sobre un solo punto todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi educacion; solo un objeto me proponia en la vida; tener oro... y lo tendré.

RAUL. (Oh! verá cuáles son sus proyectos, y hasta dónde le lleva su audacia.)

CAR. No es verdad que es muy curioso este retrato del audaz aventurero, descendiente bastardo de los Cortés y de los Pizarros?

RAUL. No os acuso aun, os compadezco.

CAR. Gracias! Sois marino, y sabéis bien que una de las preocupaciones de Pedro el Grande, era la de llegar al continente americano por el mar de Karnschatka.—Despues de muchos viajes infructuosos, un capitán ruso abordó á la rivera setentrional de la California, y allí desembarcó seis hombres... Qué fué de ellos?

RAUL. No se sabe.

CAR. Pues yo lo sé, y voy á deciroslo.

RAUL. Vos!

CAR. Llenos de audacia y de curiosidad, penetraron á través de mil peligros, en lo interior del pais; allí descubrieron minas de plata, rios de oro, pero ningun medio para explotar aquellas riquezas fabulosas! Cinco murieron de pena, uno solo logró volver á Francia como por milagro! Lo creereis? Cuando este hombre refirió lo que habia visto, y mostró los planes que habia llevado, los pequeños se rieron de él, encogien-

dos de hombros, y los grandes le trataron de loco y de visionario. En medio de toda aquella multitud inepta, solo una simpática se adquirió... la mia. Al cabo de algun tiempo, el pobre diablo amaneció muerto en una calle desierta.

RAUL. Muerto! Y de qué manera?

CAR. A puñaladas!

RAUL. Por quién?

CAR. Se ignora. Me comprendéis?

RAUL. Ah! vos fuisteis!

CAR. Lo cierto es que yo heredé preciosos planes.

RAUL. (Miserable!)

CAR. Y que hoy tengo en mi poder pruebas irrecusables de la existencia de esos tesoros. Mal hice al decir que eran mis antepasados los Pizarros y Cortés; porque me avergonzaria de tener sangre suya en mis venas. Desdenaron la California para lanzarse como buitres estúpidos sobre el Perú!

RAUL. Basta, basta.

CAR. En París he encontrado adeptos, pero carecia de dinero para matricular á esos argonautas, y de vajel para atravesar esas dos mil leguas. Y entonces es cuando hizo la casualidad que hallase en mi camino al capitán Raul, y la corbeta Urania.

RAUL. Acabad.

CAR. Os propongo pura y simplemente escamotear en nuestro provecho la corbeta del armador Dunquerque, y vogar juntos hácia la tierra de promision.

RAUL. Ah! Eso ya es demasiado atrevimiento!

CAR. Pensad bien, que el que tiene oro todo lo tiene!...

El oro es el sagrado fuego robado por Prometeo!... Es mas que el sol, mas que el genio... es la pasion, el deleite, la vida positiva... Ante el oro se humillan las frentes soberbias, los obstáculos caen, las conciencias se hacen pedazos... Y luego, qué orgullo! Qué triunfo!... Ha partido uno pobre, desconocido, rastroero, y vuelve bastante rico para deslumbrar á los insolentes que le menospreciaban, y apedrearles con oro.

RAUL. Retiraos, desgraciado!

CAR. Es decir que no aceptais mi oferta?

RAUL. Os mando que os retireis.

CAR. Una sola palabra.

RAUL. No.

CAR. Os lo ruego.

RAUL. No.

CAR. Lo exijo.

RAUL. Lo exijis?... Cuidado no exija yo que vayais á fondo de cala, atado de pies y manos.

CAR. Y por quién?

RAUL. Por mis marineros.

CAR. Vuestros marineros!... Mirad, señor de Lascours, en Dunquerque, el dia en que quedó fijada la marcha, se presentó á vos un hombre, y como necesitábais completar la tripulacion, le recibisteis; era un tuno, ancho de hombros, color rojizo, cabellos encrespados sobre una frente escasa. Se llamaba, si no me engaño, Pedro Pacomio.... (llamando.) Pedro Pacomio? (sale este.)

RAUL. (al marino.) Quién te manda venir? Aléjate.

CAR. Quédate. (se queda.)

RAUL. (Oh! Los temores de Luisa!)

CAR. Al dia siguiente os paseábais por el puerto, y encontrásteis otros dos lobos marinos, á quienes matriculásteis: eran Castuille y Bullard!... (llamando.) Castuille, Bullard (salen.)

RAUL. Retiraos!

CAR. Permaneced! (se quedan.) En fin, del mismo modo se fueron presentando cuatro, seis, diez, y los fuisteis matriculando por vuestra cuenta; es decir, por la mia.

porque levante, y tendiendo mis brazos en la oscuridad, yo estaba detrás de todo, en el fondo de todo, y ahora no hay á bordo otro amo que yo.

RAUL. Mientes!

CAR. Si no cedéis, sois perdido.

RAUL. No, no: semejante infamia no se cumplirá... Todos al puente!... *(salen los marineros.)* No hay aquí mas que bandidos y sublevados?... A mí todo el que lleve un nombre francés, todo el que conserve el sentimiento del honor y el respeto del pabellón!... A mí mis fieles.

CAR. A mí los que quieran oro. *(la mayor parte de la tripulación rodea á Carlos. Solamente algunos marineros se colocan detrás del capitán.)* Contad nuestras fuerzas, señor de Lascours.

RAUL. Qué importa el número. Adelante!

CAR. Sea.

RAUL. *(sacando la espada.)* Muere!

CAR. Lo veremos!

(Saca un puñal y se arroja de un salto sobre Raul. Combate de los seis marineros contra los diez y seis sublevados. Martín defiende la niña, se la arranca, y la echa al fondo del buque. Los rebeldes van viniendo. Raul y Carlos combaten aun en el procelso.)

MARTIN. Yo te defenderé, hija mía!... Ah! Te arrancan de mis brazos!... El miedo empieza á acometerme! *(sale.)*

RAUL. *(tras ella.)* El arma del asesino contra la espada del noble... eres perdido!

CAR. Ah! *(Raul le derriba y le arranca el puñal.)*

CAR. Ayudadme. *(sus partidarios acuden, Raul le pone la espada en la garganta.)*

RAUL. Si dais un paso, muere!

CAR. Medoc! La niña, la niña!

CARPINTERO. *(sale con María en los brazos y la sujeta por encima de las olas.)* Aquí está!

RAUL. Ah!

CAR. Bien trabajado, no es verdad? Su vida por la mía!

ESCENA VII.

Los mismos, LUISA.

LUI. Qué ruido!... Raul! *(dando un grito.)* Ah! Hija mía!

MARTA. Mamá, van á ahogarme!

LUI. Volvedme mi hija. Qué vais á hacer con ella?

CARPINTERO. A echarla al agua si vuestro marido mata á nuestro gefe.

LUI. Lo oyes, Raul, lo oyes?... Concedéles lo que piden.

RAUL. Imposible!... Este miserable quiere robarme mi navio, mi honor.

LUI. Pero van á matar á tu hija!

CAR. Señor de Lascours, os propongo una transacción... Dejadme, y concedo la vida á todos tres.

LUI. La vida, Raul; nos dejan la vida... Raul, aparta esa espada!... Es á nuestra hija á quien amenaza. *(arranca la espada de las manos de Raul.)* Levantaos!

CAR. *(levantándose.)* Ah! *(Tiembra mi venganza!)*

LUI. *(tomando la niña, que Medoc la entrega.)* Ya tengo aquí mi hija... Hija mía!

MARTA. Mamá! *(se abrazan.)*

RAUL. Desgraciada! Nos matarán ahora para borrar todas las señales de la rebelión!

CAR. Os engañais. Camaradas, votad al agua la lancha del capitán.

RAUL. Qué vais á hacer?

CAR. Os he prometido la vida, y os la concedo, pero no podemos habitar juntos; la lancha es excelente, y está provista de viveres para un mes... Fillo sí, tendréis

que pasados sin brujula; pero algun castigo necesario imponeréis... Con que buen viaje, y como dicen en Europa, Dios os conserve en su santa gracia.

RAUL. Y no le he matado!... Luisa, Luisa, nos abandonan sobre el Océano; y para tí, para Marta, no solamente os espera la muerte, sino la mas terrible de las agonias.

LUI. Qué dices, Raul?... Yo no sé nada de eso; no quiero saber nada!... Tengo á mi hija!... Mi hija!

CAR. Llevadlos! Basta de piedad!

RAUL. Infames! Infames! *(los llevan.)* Matadme, matadme, pero salvad al menos á mi esposa y á mi hija! *(se pierde la voz.)*

TODOS. Al mar! Al mar!

RAUL. *(ya fuera.)* Confío á Dios el cuidado de mi venganza!

CAR. Medoc, cuida de que se embarquen! *(Medoc baja.)*

Vamos, muchachos, ya podeis gritar: victoria!

TODOS. Victoria!

MAR. 1.º *(á Carlos.)* No temeis que escapen á la muerte?

CAR. No; mira el cielo y el color del agua... Se prepara una borrasca; y si la lancha no se estrella echa pedazos, será arrojada al grado cincuenta y tres de latitud, y se perderá en medio de los hielos.

MAR. 1.º Ah! Eso es otra cosa. *(Martín aparece á través de los cordages.)*

ESCENA VIII.

CARLOS, MARINEROS, CARPINTERO, MARTIN.

CARP. *(entrando.)* Ya está.

CAR. Con que ya no hay entre nosotros enemigos?

MART. Si tal; hay uno que es un poco cobarde.

TODOS. Martín!

MART. *(á Carlos.)* Pero que tendrá valor para enviarte una abellana. *(dispara la pistola y le hiere.)* Seguidme por este camino! *(se tira al mar.)*

CARP. Fuego sobre él! *(dispara contra Martín, que se arroja al mar.)* Estais herido?

CAR. No es nada! En marcha, camaradas, para las minas de oro.

TODOS. *(agitando sus armas y sombreros.)* A las minas de oro!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una llanura de hielo. De trecho en trecho témpanos de nieve y altas agujas de hielo; á la derecha una chocita construida con nieve.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN, RAUL.

RAUL. *(sentado y meditando.)* Nada, Dios mio, nada hoy como ayer, el silencio del abismo, la inmensidad de la nada!... Ni un camino que seguir, ni un socorro que esperar, ni un rayo de sol bajo estas nieblas eternas!... Siempre ese implacable horizonte, siempre este sepulcro de hielo bajo una mortaja de nieve!... Soy hombre, soy padre, soy esposo, y nada puedo hacer para salvar á los que amo; nada para disminuir sus padecimientos... ni aun siquiera me es permitido morir por ellas, ni rescatar sus vidas al precio de mi sangre!... Juzgados estamos ya los tres, y los tres condenados á morir!... La única gracia que me es dado pedir al cielo, es morir el último, y ver espirar ante mis ojos á mi esposa y á mi hija; soportar al menos la mas larga y penosa agonía!

MAR. (*gritando.*) Cáncara! Y qué poco se parece este país á Nantorre!... Oh hermosa villa donde nació! Qué pena pudiera mordor algunos de sus productos!

RAUL. Marinero! (*Marta no responde.*) Amigo!

MAR. Mi capitán!

RAUL. Es la hora que has estado ausente, no has descubierto nada por ese lado?

MAR. Ni siquiera una onza de leña, ni un manojo de yerba, ni un pan de cuatro libras; por eso me he tumbado ahí, dando diente con diente!

RAUL. Vamos! No hay que perder el ánimo.

MAR. Descuida, mi capitán; nadie pierde lo que no tiene. Mas perdonad si os digo que hicisteis mal recojiéndome en la lancha cuando caí al agua, despues de haber regalado una almendra á aquel nauaute.

RAUL. Habia de dejarte morir?

MAR. Ya bebía tal cual, y tanto hubiera bebido, que no habria vuelto á tener sed.

RAUL. Haces mal en hablar de esa manera.

MAR. Lo creéis así, mi capitán?... Pues á mi me parece que sois bastantes para consumir los víveres, y que no necesitais un goloso como Martín.

RAUL. Pobre muchacho! Ayunas mas que nosotros.

MAR. Disparate!

RAUL. Aparentas devorar tu mezquina racion, y se la das á hurtadillas á Marta.

MAR. Eso sí que no, mi capitán.

RAUL. Sí.

MAR. Mi capitán, juro que...

RAUL. Si te he visto...

MAR. Ah! Eso es otra cosa; pero qué mas dá? Yo no sirvo para nada!

RAUL. Qué dices?... Si estuviera solo podria alejarme un segundo para explotar este desierto? Tú eres una providencia para nosotros.

MAR. Yo una providencia!

RAUL. Sin ti acaso ya no viviria Marta; tú la eres mas útil que nosotros dos; el abatimiento mio y la tristeza de su madre, la hubieran muerto ya, si no estuvieras á su lado para distraerla con tu franca alegría, para divertirle, haciéndola olvidar los sufrimientos y los peligros.

MAR. Me decis todo eso, mi capitán, y he sido tan cobarde que me he quejado hace poco? Oh! Se acabó; (*levantándose.*) ya no tengo frio; estoy aqui como en una estufa! Ordenadme algo! Tenga buenas pies y no mala vista... Vamos!

RAUL. Oye, Martín; á veces suelo soñar, en medio de las angustias del presente y los terrores del porvenir, que acartias á mi otra hija Diana... porque no dudo que te amará tambien como mi Marta!... Y si Dios nos salva, en lugar de una hija, serán dos las que acarties.

MAR. Ah! Voto á Cribas! Lo que es orejas, tengo dos, una para cada una; pero en cuanto á narices, como no hay mas que esta... A no ser que quieran tirar á un tiempo ambas chicas... En fin, eso se arreglará lo mejor posible... Mandadme algo!

RAUL. Quien mas padece es Marta, porque el frio la hiela, y ya no tenemos leña; seria preciso buscarla!

MAR. Yo la hallaré.

RAUL. Vé, pues.

MAR. A galope!

RAUL. Ah! Toma mi escopeta.

MAR. Para qué?

RAUL. Puedes encontrar alguna caza...

MAR. Soy tan torpe...! Sin embargo, cuando cierro los ojos, y no hago punteria, suelo acertar... Hasta luego! (*sale.*)

RAUL. (*solo.*) Salvacion!... Les hablo de salvacion, y cuando esas promesas me ofuscan para infundirles valor; pero conozco bien que no es posible salvarnos. Enderredor un mar inmenso y desconocido; sobre nuestras cabezas témpanos dispuertos siempre á sepultarnos; á nuestros pies un abismo sin fondo, que nos absorberá el dia en que las olas sublevadas desbagan este hielo que nos sostiene... ¡por todas partes la desesperacion... en todas partes la muerte!

LUI. (*dentro.*) Raul!

RAUL. Luisa!... Oh! Que ignore lo que sufro, y sobre todo, lo que temo.

ESCENA II.

LUIA, RAUL.

LUI. (*acercándose.*) Raul!

RAUL. Qué?... Y nuestra Marta?

LUI. Duerme aun.

RAUL. Gracias al cielo!

LUI. Sí, es sucho; al menos así lo creo.

RAUL. Tú lo crees?

LUI. Al ver sus pobres miembros amoratados y convulsivos, hay instantes en que la creo muerta.

RAUL. Muerta!

LUI. Pero un gemido sale de su pecho, un quejido de su boca, una lágrima de sus ojos, y entonces digo: cuando llora es señal de que existe... Si, las lágrimas de mi hija, los quejidos que la arranca el dolor, hé aqui mis goces maternales; hé aqui lo único que tengo para tranquilizar mi alma! Bendigo al cielo cuando veo llorar á mi hija! Doy gracias á Dios cuando estoy cierta de que padece!

RAUL. Vamos, cálmate; el peligro es menos grande de lo que piensas.

LUI. El peligro! Crees que no le conozco, que no le entreevo con calma! Que no he calculado cien veces nuestros riesgos de salvacion ó de muerte? Te equivocas, Raul; y te engañabas tambien cuando al oirme cantar en la barca, donde nos habian arrojado, creias que me habia vuelto loca... Loca yo! Lo que hacia era tranquilizar á mi hija, porque me decia á mi misma: si Dios quiere llevarsela, prefiero que su existencia se apague entre dos besos, y que su alma se exhale entre dos sonrisas.

RAUL. (*abrazándola.*) Oh Luisa! Solo el corazon de una madre es capaz de ese sublime valor.

LUI. Pues bien, Raul, puesto que soy valerosa, háblame sinceramente. Cuando esos hombres nos echaron en la barca, habia apenas para alimentarnos veinte dias; y van transcurridos quince desde que nos abandonaron.

RAUL. Así es, pero ayudado por Martín he podido cazar algunas aves marinas; estos recursos se renuevan cada dia: en cuanto á esto, nada tenemos que temer.

LUI. Si; mas apenas dejamos el bagel, se levantó una tempestad violenta, que al cabo de ocho dias de marcha nos arrojó enmedio de estos hielos, que amenazan á cada instante sepultarnos. Poco á poco, los témpanos han ido estrechándose, y nos hemos visto encerrados como en una cárcel. No es este un continente, no es una isla; estamos sobre las olas, y el hielo que de ellas nos separa, entumece nuestros pies y paraliza nuestra sangre... Qué harás tú, que será de nosotros el dia en que estos hielos se desprendan, en que falte á nuestros pies este terreno?

RAUL. Cerca tenemos nuestra barca.

LUI. Sí, una frágil barquilla sin velas y sin brújula.

RAUL. Nos ha bastado para llegar hasta aqui, y podrá

conducirnos á otra parte. Además, sé muy bien que algunos navios dinamarqueses frecuentan estos lugares, y nos queda aun la esperanza de encontrar uno.

LUI. Viviremos hasta entonces?

RAUL. Tú disfrutas salud, y las fuerzas no te han abandonado.

LUI. No hables de mí. Acaso está en mí, mi fuerza?...

Acaso está en mí, mi vida?... Mientras que mi hija viva, viviré; pero en esta choza de nieve que hemos levantado, y que es nuestro único abrigo, nada tengo ya para calentarme á nuestra pobre Marta.

RAUL. Espero que Martín nos traerá algun poco de leña; despojos de algun navio naufrago. Ya ves, Luisa, que aun nos es permitido esperar.

LUI. (dándole la mano.) Ya veo que tu valor está siempre dispuesto á reanimar el mio. Raul, estrecha la mano de tu esposa, abraza á la madre de tus hijos. Será este el último instante que pasaremos juntos?... Quién sabe!... Quizá mas tarde nos permitirá Dios otro momento de confianza.

RAUL. Luisa! Esposa mia!

MARTA. (en la choza.) Mamá, mamá.

LUI. Es Marta, que me llama... Adios, Raul. (alto.) Allá voy, hija mia, allá voy. (entra en la choza.)

RAUL. (solo.) Todo lo ha comprendido, todo lo ha adivinado, y mis angustias son tambien las suyas.

ESCENA III.

RAUL, MARTIN.

RAUL. Qué hay?

MAR. No puede haber menos, mi capitán... nada!

RAUL. Nada!

MAR. No... me he equivocado... Me diriji hácia la parte del Norte, como á medio tiro de cañon, para ver si hallaba con qué calentarnos, cuando de repente distinguo una cosa que se movia detrás de un témpano de nieve, tan pronto á la derecha como á la izquierda; yo entonces me senti acometido del miedo, y preparé la escopeta... me acerco para ver si era cosa manducable; mas apenas habia dado algunos pasos, veo que se sube sobre el témpano, se empuña sobre las patas de atrás, y... era un oso!... Un enorme oso blanco, que me miraba con unos ojazos tamaños... y me olfateaba con unas narices... hacia lo que yo, sin duda; trataba de ver si era cosa de comer... y creo que le pareció que sí, porque se bajó al momento y empezó á marchar hacia mí... Canario! Yo no soy valiente, mi capitán, ya lo sabéis; á su vista se apoderó de mí un miedo, que empecé á temblar de pies á cabeza!

RAUL. Y emprendiste la fuga...

MAR. La fuga!... Tenia demasiado miedo para huir. Si corro, dige, el animal correrá detrás de mí, me cojerá á lo traidor, y soy perdido; esta idea me aumentó de tal manera el miedo, que me diriji contra el monstruo...

RAUL. Y despues?

MAR. Despues... cuando le estaba acechando, distinguí á lo lejos otro... y luego dos... y luego diez... y luego ciento.

RAUL. Ah!

MAR. Era un regimiento de osos... Entonces mi miedo se multiplica; si hago fuego, continué, el ruido vá á atraer á todos aquellos; mi oso continuaba acercándose, acercándose; el susodicho miedo me vuelve el juicio, tiro la escopeta, saco el sable, y marchó derecho hácia el oso. Estábamos cara á cara; la fiera abre una boca enorme, alarga los dos brazos para atraparme. Y qué hago yo? Le envío una estocada á la mitad del

vientre, y cae dando aluffidos: me bajo, miro... el animalito estaba casi muerto.

RAUL. Acaba!

MAR. Eso fué lo que dije, y le acabe... Y si no hubiera visto á todos los demás dirijirse hácia mí, le hubiera arrastrado hasta aquí, y su piel hubiera servido para abrigar á nuestra pobre Marta.

RAUL. Bien, Martín!

MAR. No os enfadéis, mi capitán, porque digo nuestra pobre Marta; yo bien sé que no soy nadie; pero, ya lo veis, mientras esté en peligro, la miro como si fuera mia... y me creo su madre... Pero cuando llegue á estar en salvo, no os dé cuidado, mi capitán, os la devolveré toda entera... y solamente lloraré de alegría cuando la vea pasar... (Voto vá! Pues no me estan echando agua los ojos!)

RAUL. (Esecento hombre!)

BSCENA IV.

Los mismos, LUISA.

LUI. (en la choza.) Socorro! Socorro!

RAUL. Qué sucede?

LUI. (en escena.) Que mi hija se muere; que si no tengo fuego para reanimarla al momento, el frio vá á matarla.

RAUL. Oh Dios mio!

MAR. (quitándose la chaqueta.) Ah! Voto á Judas! Esto vale poco... pero como ha de ser! Peor es nada. (entra en la choza.)

LUI. No oyes, Raul? Ha traido leña Martín?

RAUL. No.

LUI. No!... Pues hay que buscarla; no quiero que mi hija muera, lo oyes, Raul?... Te digo que no la queda ni una hora, ni media de vida, si no doy un poco de calor á su sangre, que ha cesado ya de circular... Sus manecitas ya no tienen fuerza para estenderse hácia mí... sus ojos apagados, apenas pueden mirarme pidiéndome auxilio.

RAUL. Y yo no tengo ningun recurso para prolongar sus dias.

LUI. Oh! No me digas eso!... Te hablo de nuestra Marta; de Marta, á quien en vano procuro dar calor con mis besos, estrechándola contra mi seno... mi seno y mis besos están helados como ella... Tú eres, Raul, tú eres quien debes salvarla.

RAUL. Y cómo? Por qué medio?

LUI. No lo sé; pero es preciso que me la salves; es preciso que me prolongues su vida, aunque no sea mas que un dia, aunque no sea mas que una hora... Pero en una hora pueden venir á salvarnos.

RAUL. Luisa, Luisa... me trastornas el juicio.

LUI. No, no, conserva la razon; busca, inventa, halla... pero respóndeme... dime que no morirá... habla.

RAUL. Oh!

LUI. Con que quieres que muera!

RAUL. Una hora has dicho... pues bien, que viva una hora.

LUI. Si, y Dios hará lo demas.

RAUL. Espera. (toma una hacha y case.)

LUI. Vivirá, vivirá... (se dirige á la choza.) Con tal de que no sea tarde! (se detiene. Oyense hachazos.) No tengo valor para entrar... quizás encuentre un cadáver!... Horrible situacion! (da un paso mas; sale Martín.) Respóndeme! Mi hija...?

MAR. Pubrecita!

LUI. Vive aun, no es verdad?

MAR. Si señora, víre. (Pero será muy poco.)

LUI. Raul?

RAUL. (casi con asílas, que arroja en la chosa.) Ah! tienes, Luisa, vímos á salvarla!
LUI. Ah! Dios te recompense, Raul! Hija de mi corazón!! (entran los dos en la chosa.)

ESCENA V.

MARTIN, solo.

Qué rep!... Leñal... Donde diablos la habrá pescado el capitán? Sin duda esta mañana la habrá encontrado por otra parte, mientras que yo no hallaba mas que osos. Cuando digo que soy un tonto, y que no sirvo para nada!... Ahora de buena gana me rompería la cabeza contra esos hielos!... Para qué diablos me haría yo marineró? Los hay de Tolon, de Rochefort, de Brest; nacen en la marina, en la marina viven y en ella mueren; nada hay mas natural; como que son de un puerto de mar; pero yo... yo!... Cáspita! Creo que el viento ha cambiado... Me parece oír como un rumor sordo y desconocido... Ya me entra el miedo; á quien acometeré?

ESCENA VI.

MARTIN, RAUL; después **LUISA** y **MARTA.**

RAUL. (muy agitado.) Martín?

MAR. Mi capitán?

RAUL. Has oído?

MAR. Qué?

RAUL. Como un largo bramido... (oysse un ruido sordo y prolongado.)

MAR. Aquí, bajo nuestros pies!

RAUL. No sientes estremecerse este hielo que nos sostiene?

MAR. Sí; parece que se mueve, que se alza...

RAUL. Es el mar, que se agita y brama bajo esta prisión... El mar, que se levanta y lucha contra sus cadenas!... Sí, es la hora en que las olas encadenadas van á romper todos los obstáculos... van á quedar libres!

MAR. Ah! Voto á cribas!... Es el deshielo...

LUI. (trayendo la niña en brazos; nuevo ruido.) Raul! Raul! Qué ruido es este?

RAUL. Animo, Luisa, mira... mira...

(En este momento las elevadas agujas de hielo se rompen con estrépito y desaparecen en el mar, rompiendo en diferentes partes la superficie de hielo. El mar empieza á aparecer. Luisa lanza un grito, y estrecha á su hija entre sus brazos.)

MARTA. Mamá, mamá, tengo miedo!

MAR. Lo mismo que yo! (se aparta con furia.)

(Nuevos témpanos se conmueven, se inclinan y caen hechos pedruzcos. Las olas se abren salidas mas numerosas; el viento brama con fuerza y levanta las olas.)

RAUL. Madre de Dios!...

MAR. Mi capitán, qué hacemos? Espero vuestras órdenes.

LUI. No hay que perder un momento; la barca... pronto! La barca!... Raul.

RAUL. La barca!... Ya no hay barca, Luisa; la he deshecho para calentar á nuestra hija!

MAR. Esta si que es negra!

RAUL. Nuestra hija respira... que Dios la salve... yo ya no puedo mas!

MAR. Ah! Somos perdidos! (el hielo en que está Martín se desliza llevándolo.)

RAUL. Martín!... (trata de asirle y no puede.)

MAR. Dios tenga piedad de mí! (desaparece.)

LUI. De rodillas, de rodillas, hija mia. (la niña se pone de rodillas con las manos juntas para orar.) Dios que

los débiles y de los huérfanos... (á Marta.) Repite, hija, repite!

MARTA. Dios de los débiles y de los huérfanos...

LUI. Tú, que tienes la fuerza de un padre y la ternura de una madre, salvanos del abismo que devora y del perverso que mata...

MARTA. Salvanos del abismo que devora y del perverso que mata...

LUI. (bajo.) Ahora, Señor, recibid mi vida por la suya. Apenas ha dicho estas palabras, el hielo sobre que se hallan, la traga con la niña. Luisa desaparece enteramente, pero sus dos brazos sostienen á Marta sobre las aguas.)

RAUL. Luisa... hija mia...

(Se precipita hacia ellas y desaparece. Entretanto Marta, á quien los brazos de su madre sostenían sobre las aguas, trepa sobre otro témpano, al que consigue subir. Los brazos de Luisa desaparecen. Los hielos por todas partes caen sobre las aguas; en el que vá Marta, se eleva y se baja alternativamente.)

LUI. Dios mio, Dios mio, mi hijal...

MARTA. Dios de los débiles y de los huérfanos... (levanta las manos al cielo; cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una costa inmediata al mar. Naturaleza virgen é incul-ta. El teatro representa el aspecto de un campamento hecho con premura; algunos marineros tendidos junto á sus armas, y centinelas paseándose en el fondo. Jorge está de pie en medio de la escena, y dá en voz baja órdenes á muchos marineros, que van alejándose uno á uno. Horacio está sentado á la derecha, con la cabeza entre las manos. El marqués de Antas duerme á la izquierda envuelto en una rica pelliza. Amanece.

ESCENA PRIMERA.

HORACIO, JORGE, MARQUÉS DE ANTAS.

JOR. (No ha habido ni una sola alerta en toda la noche. buena señal para el día que comienza: la última lección que han recibido esos condenados de indios, sin duda los ha hecho reflexionar, y se habrán retirado á sus guardias. (á Horacio.) Dormis, amigo mio?

HOR. No.

JOR. En qué pensais?

HOR. En muchas cosas.

JOR. Alegres?

HOR. Y tristes.

JOR. Tristes!... Cuando vais á Francia... á vuestra patria!...

HOR. Qué quereis, amigo Jorge? Tengo la costumbre de acariar el dolor.

JOR. Olvidad el presente para pensar en el porvenir. Es verdad que desde nuestra salida de Acapulco no hemos sido muy afortunados. Arrojadados al Norte por una tempestad, obligados á esperar aqui vientos mas favorables, y atacados por los indios, hemos empezado el viage de una manera pintoresca; pero al fin ya estamos tranquilos, y no tardaremos en embarnarnos.

HOR. Hijo del destierro, he deseado con toda mi voluntad el momento de ver mi verdadera patria, y ese día se acerca. El cielo me ha dado una nueva familia en Diana, desterrada como yo, huérfana como yo quince años ha, y en madama de Theringe, su abuela, que me ama como si fuera su hijo. Además, no es un extraño un indiferente el que nos lleva á Francia; es el hombre leal, cuyo corazón y cuya mano nunca me han fal-

tado; es Jorge de Laval, mi compatriota, mi amigo...
Oh! Debería ser muy feliz... y, no obstante, me atormenta una cosa... así... como... un recordamiento!

JON. Un recordamiento!

HON. Escuchadme, amigo mío; os he hablado mil veces del naufragio de la Urania, de ese desastre, que arrebató á Diana de un solo golpe un padre, una madre y una hermana... Yo era niño entonces, pero esa desgracia produjo en mi una impresión terrible y eterna!... Es á la verdad un acontecimiento misterioso la desaparición de la Urania, y después de quince años, todas las investigaciones han sido inútiles... Dejar á Méjico sin haber descubierto nada, he aquí lo que me repredo amargamente.

JON. Habiéis hecho cuanto era posible para investigar la verdad, y os he secundado en la empresa. Si á pesar de nuestros esfuerzos nada vemos conseguido, resignémonos con la voluntad divina, y cumplamos cada cual nuestro deber. El mío es conducirnos á nuestro hermoso país, la Francia; el vuestro dedicaros al cuidado de esa familia, que ya es la vuestra.

HON. No os ha ocurrido la idea de que la pérdida de la Urania podía ser el resultado de un crimen?

JON. No os atormentéis forjando quimeras.

UN CENTINELA. Quién vive!

UNA VOZ. Oficial de ronda.

JON. Ah! Veremos que noticias nos trae.

ESCENA II.

Los mismos, un OFICIAL.

JON. Qué ocurre en los puestos avanzados?

OFI. La noche ha sido buena, y los centinelas no han rastreado ningún enemigo.

JON. Tomad veinte hombres y registradlo todo. Después replegaos á mi cuartel con toda la gente, y aprovechemos lo bueno del tiempo para embarcarnos sin demora.

ESCENA III.

Los mismos, menos el OFICIAL.

JON. Quereis que os diga, Horacio, á lo que atribuis vuestra tristeza? A celos.

HON. De quién?

JON. Del marqués de Antas, cuyas asiduidades con la señorita Diana, me han parecido mas de una vez desagradados.

HON. Quiero á Diana con el cariño de un hermano; y si ese marqués continua con sus insolentes obsequios, le haré saltar por cima de bordo.

JON. Os aconsejo que seais un poco sufrido con el marqués... Mirad, empecemos por bajar la voz.

HON. Por qué?

JON. No le veis que duerme muy cerca de nosotros?

HON. Y qué me importa?

JON. Os olvidais que el navio le pertenece, y que me ha pagado para tomar su mando?

HON. Pero quién diablos es ese marqués de Antas? Yo conozco toda la nobleza mejicana, y jamás he oido pronunciar ese nombre.

JON. Es de una familia que siempre ha habitado las fronteras del Norte, y dicen que ha adquirido una fortuna enorme. El marqués de Antas es un hombre original, que siembra el oro á manos llenas, que á falta de amigos sinceros, de quienes desconfía, compra conciencias, y se hace con el oro aliados forzosos.

HON. Cómo!

JON. (bajo.) Un noble, un francés, en un momento de

debilidad y de delirio, habia cometido una de esas faltas que destruyen el honor y la tranquilidad de una familia. El marqués de Antas compró las pruebas de esa falta, para tener al culpable á su merced, y hacerse de él un esclavo.

HON. Eso es infame!... Pero nada me admira en él, porque, á pesar de su lujo, tiene todas las trazas de un bandido. Oh! Miradle bien cuando se despierte; vereis la garra del buitre, la mirada de la serpiente, y el lábio de la hiena.

MARQ. (soñando.) Doblado!... Triplicado!... Un millon!... Una provincial!... Un reino!... (abriendo los ojos.) Voto á Judas! Este si que es un maldito sueño. Estaba yo en la corte de Francia, jugando con S. A. el Regente, y me encuentro aquí tendido en el duro suelo, y bloqueado por los salvages... Decidme, señor de Laval, habéis concluido ya con esos indios mientras que yo dormía?

JON. Creo que si, señor marqués.

MARQ. Ah! Estaba aquí el señor Horacio Brionne? Dispensadme, no os habia visto... Buenos días, amigo mío... Mal hice, maldiciendo haber despertado tan pronto, porque así será el primero que salude á la hermosa Diana.

HON. Os ruego que no os tomeis esa molestia.

MARQ. Por qué motivo?

HON. Porque una visita á estas horas, seria algo imprudente.

MARQ. Ese es asunto que no os atañe, sino á la señorita Diana.

HON. Señor marqués, en nombre de esa señorita os lo prohibo!

MARQ. Prohibir!... La frase, confesareis, que no es muy escogida.

HON. Pero espresa la idea,

MARQ. Bien respondido!... Ya se conoce que teneis pocos años... (vá á marchar.)

HON. A dónde vais?

MARQ. No os lo he dicho?

HON. Atrás!

MARQ. No conozco la obediencia.

HON. Ni yo tampoco!...

MARQ. Reflexionadlo bien!...

JON. Qué haceis, Horacio?

HON. Si sois mi amigo, dejadnos solos.

MARQ. Retiraos, capitán!

JON. (bajo.) Considerad que ese hombre es terrible! (casi.)

ESCENA IV.

HORACIO, MARQUÉS.

MARQ. Deciais, caballero!...

HON. Que no pasareis.

MARQ. Es vuestra intencion reñir conmigo?

HON. Como querais.

MARQ. Reñir tan temprano, entre un sueño sobre la corte del Regente y una visita á una joven... Reñir... y reñir conmigo!... Vaya, está visto... no me conocéis.

HON. Desde la primera vez que os vi, senti nacer el odio en mi corazon.

MARQ. Odio, eh? Si, hay antipatias repentinas; con que tendrais un gran placer en matarme!

HON. Podeis creerlo.

MARQ. Mil gracias. Oidme: voy á hablaros con calma, porque he llegado á una edad en que no es fácil acolorarse... y ha habido en mi vida muchas cosas terribles para que pueda conmovirme vuestra loca provocacion. He luchado contra las fieras, he luchado con-

la boca seña de que volvíais á los bosques, y yo me replegué á contemplarla. Quedó inmóvil un instante, lanzó una mirada á las montañas, y se puso á seguirnos; al cabo de unos minutos estará aquí.

MANO. En efecto, es muy curioso. Y cómo sabéis que se llama Ogarita?

JON. Los salvajes repetían este nombre, invitándola á que huyese, y supongo que sea el suyo.

MANO. Ogarita es indio quiere decir trigo florido; y si hay en la muger tanta poesia como en el nombre...

JON. Sabéis el indio, señor marqués?

MANO. Algunos cosas.

JON. Entonces podriais interrogarla?

MANO. Lo haré.

HON. Aquí está!

MANO. Veamos ese prodigio!

ESCENA VII.

Los mismos, OGARITA.

(Se dirige desde luego á Jorge, á quien mira con curiosidad; despues, viendo á Horacio, corre hácia él, y parece examinarlo con alegría, le toma la mano, y pronuncia algunas palabras indias.)

OGA. Tayo... Eva...

MANO. (á Horacio.) Os dá el nombre de amigo, de hermano...

HON. Qué bella es!

MANO. Veámoslo! (la toma el brazo y la hace volverse; dá un movimiento de repulsion al verle.)

MANO. (Qué es esto? El aire de su rostro! Vamos! Estoy loco!... Esta jóven tendrá apenas veinte años, y la hija de la señora de Lascours pereceria con sus padres.)

JON. Qué os parece, señor marqués?

MANO. Si, si, muy bella en efecto. (Esta semejanza con aquella niña, es estraña, y lo que yo experimento al respecto de esta jóven, es mas estraño aun. Su vista me atormenta como un remordimiento, y mi corazon late como diciéndome: «Hé aqui la que tú amarás.») Vamos, vamos, es preciso alejar á esa muger.

JON. No ibais á interrogarla?

MANO. Con qué objeto?

JON. Decidla algunas palabras, os lo suplico?

MANO. No me responderá. (se acerca á Ogarita, que se retira de él.) Ya lo veis, buye de mí... no soy santo de su devocion. Es á vos, señor Horacio, á quien se dirigen sus simpatias.

HON. Pero no os parece muy estraño este terror que experimenta á vuestro aspecto?

MANO. Ya sabéis que existen simpatias y antipatias.

HON. Voy á dirigirla una pregunta.

MANO. En indio?

HON. No, en nuestro idioma; y acaso me comprenda, porque mi corazon y mis ojos la hablarán mas que mis labios.

MANO. Y acerca de qué asunto vais á interrogarla?

HON. (con fuerza.) Acerca de vos.

MANO. Bien! (No sé qué vago presentimiento...)

HON. (uniendo la pantomima á las palabras.) Ogarita, conocéis á este hombre? Le habéis visto antes? (parece querer alejarse del Marqués.) Temeis acercaros á él? (la conduce junto al Marqués.)

OGA. Oh! (se aleja estremeciéndose.) Hombre malo!... hombre malo!...

MANO. (Y tu, que me sentia dispuesto á amarla!) (á Jorge.) Ahora, que ya está satisfecho el señor de Brionne, ejecutad mis órdenes.

HON. (á Jorge.) Oh! Miradla, amigo Jorge, mirad esa

fuerza abita, esos ojos suplicantes, esa boca que quisiera hablar... No, no; no me equivoco... aquí hay un misterio profundo.

MANO. Capitan, quién tiene el derecho de mandar, el señor Horacio ó yo?

JON. Vamos, partid, pobre muger, y llevaos un buen recuerdo de los que no volveréis jamás á ver. Mientras que nuestra nave voga por otros climas, id á buscar en las montañas vuestro marido ó vuestra madre.

OGA. Madre! Madre!

HON. Esta palabra...

JON. Ois, señor Marqués?

MANO. Eso os asombra? Por qué los salvajes no han de repetir las palabras que oyen?

HON. Pero el acento, la espresion...

MANO. Habrá retenido esa palabra arrancada por los tormentos á algun francés prisionero de su tribu; y si algo me admira, es el veros tomar interés por una chiquilla, cuyos compañeros querian saborearse con nuestros cuerpos. No es bastante feliz con que la dejen libre?

HON. Me llevo esta muger.

MANO. En qué navio?

HON. En el de Jorge.

MANO. Es decir, en el mio? Os lo prohibo!

HON. (á Jorge.) Revelaos, Jorge!

JON. Ah! No puedo!

HON. No obedezcais, os digo, en nombre de la humanidad... Abandonar á esa muger, es un crimen.

MANO. (á Ogarita.) Marchaos, miserable muger... marchaos, ó tomed mi furor! (Aun ahogará esta pasión naciente!)

HON. Adios, Adios, Ogarita.

MANO. (Si no eres una vana semejanza, desaparece para siempre; el abismo te habia arrojado, el desierto va á recibirte.) (en el momento de marcharse Ogarita, dá un grito al ver salir á Diana y madama Theringe, y se refugia entre ellas.)

ESCENA VIII.

Los mismos, DIANA, MADAMA DE THERINGE.

OGA. Ah!... Favor!...

DIA. (dando un grito de sorpresa.) Quién es esta jóven?

THE. (lo mismo.) Qué queréis, hija mia?

DIA. Madre mia, no os sentís inclinada á ampararla? No os recuerdan sus facciones...?

THE. En efecto...

MANO. (Si no habré mentido mi corazon!) (Ogarita mira á Diana y á madama Theringe; vé de la una á la otra, y despues muere la cabeza como para decir: no las conozco.)

THE. Oh! Háblame, háblame, hija mia!...

HON. No le molesteis... Es una hija de este pais mentido, que no puede ni comprenderos, ni hablaros.

THE. Y no obstanté... (con tristesa.) No... me olvidaba de los muchos años que han transcurrido... Diana, no es ella; es solamente un vago recuerdo de las facciones de tu pobre madre.

DIA. Si, de mi madre á los veinte años!... Radiante de juventud como la veo en mis sueños.

MANO. Locuras de la imaginacion!... Es decir, que á vuestros ojos, señorita, esa muchacha tiene algun parecido con vuestra madre, con la señora de Theringe?

THE. Mi hija no se llamaba señora de Theringe, llevaba el nombre de su marido.

DIA. Se llamaba Luísa de Lascours.

MANO. (Luísa de Lascours! Fatalidad!)

DIA. Pero gracias al recuerdo que esta niña nos escita, nos la llevaremos á Francia.

Hon. Ya tambien lo deseaba; pero el señor Marqués se opone á ello.

DIA. (al Marqués.) Vos? Es imposible.

MARQ. Y me opongo aun, señorita.

THE. Yo os lo suplico, caballero.

DIA. (á Ogarita.) Ah! Si mi corazón no me engaña... ven en mi ayuda... si eres... Oh Dios mio, qué la diré?

Con qué nombre la llamaré para despertar sus recuerdos, y tranquilizar mis locos temores?

Hon. Los de este pais la llaman Ogarita.

DIA. Ogarita, no es ese tu nombre cristiano, el nombre que te dió tu madre en su primer beso... Recuerda...

recuerda... tu madre... el Océano... un navio... marineros... hombres parecidos á los que nos rodean.

THE. Un naufragio!

DIA. Gritos de desesperacion... un abrazo supremo de tu madre...

THE. Tu madre... tu madre...

OGA. Madre!

DIA. Te acuerdas, es verdad? (Ogarita lleva las manos á la frente, mena la cabeza, y vá á sentarse á un lado.)

THE. Nada...

DIA. Nada...

MARQ. Ahora ya creo que nadie se opondrá á la ejecucion de mis órdenes. Señor de Laval, alejad á esa muger.

THE. En nombre del cielo!

DIA. Tened piedad, caballero!

MARQ. Todo es inútil!...

Hon. Jorge, hablad!

Jon. Horacio, hay una voluntad mas poderosa que la mia.

MARQ. (con fuerza.) Pronto, obedeced!

Hon. Deteneos!... Por la última vez... Retraedais esa ordeu bárbara?

MARQ. No!

Hon. (saca la espada.) Capitan Jorge de Laval, voy á haceros dueño de esa nave. Marqués de Antas, si esa espada no es la de un cobarde, defendeos!

MARQ. Encomendaos al diablo! (ríen.)

DIA. Deteneos!... (se arroja entre ellos y se arrodilla.)

Madre... madre... quiere morir por nosotros!... Y tú, Dios de los débiles y de los huérfanos...

OGA. Ah! (se precipita hácia Diana, y la pone la mano en la boca.) Dios de los débiles y de los huérfanos...

THE. Escuchad, escuchad!

DIA. (dá un grito y la mira con alegría.) Sálvanos!

OGA. (arrodillándose.) Sálvanos del abismo que devora, y del perverso que mata.

THE. La oracion que enseñé á mi hija, y que ha transmitido á las tuyas.

DIA. Mi hermana! Mi hermana! (al Marqués.) Hermana mia! (se abrazan.)

THE. Hija mia! (id.)

DIA. Osareis ahora separarnos de ella?

MARQ. No señora, no. El marqués de Antas no es tan terrible como supone el señor Horacio. Capitan, disponed la marcha. (Si puedo dominar esta pasion, tendrá el mismo fin que las demas.)

DIA. Ven, hermana mia, ven!...

OGA. (reuniéndolos á todos, dice con alegría.) Dios de los débiles y de los huérfanos... (vé al Marqués, lanza un grito horrible, y sale corriendo.) Ah!... Ese hombre!... Huyamos de él!... (se los lleva.)

MARQ. Partamos. (Será mia!...)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un magnífico salon con estatuas y colgaduras que debe ocupar cuatro términos. Sillones, mesas, puertas, etc.

ESCENA PRIMERA.

MARQUÉS, JORGE.

(Al levantar el telon, Jorge está sentado, pensativo, al lado de una mesa; llaman con fuertes golpes en una puerta lateral, sin que el ruido le saque de su cabilacion; por fin la puerta se abre y sale el Marqués.)

MARQ. Señor de Laval, felices dias.

Jon. Ah! sois vos, señor marqués?

MARQ. Ayer os dije que me esperaseis á esta hora en el salon de Mme. de Theringe, y veo que sois exacto. Solo os reprendo que me hayais hecho llamar sin abrimme.

Jon. Perdonad, no lo habia oido.

MARQ. Es posible. Pero no olvidéis que hacerse el sordo conmigo, es perder el tiempo, porque me acompaña siempre una llave maestra, y porque, en caso necesario, sé romper las cerraduras.

Jon. Os repito, señor marqués...

MARQ. No hablemos mas de eso. Lo que ahora me interesa es vuestra cura: Tenéis enferma la conciencia, y no hay dolencia peor que los escrúpulos.

Jon. Creéis que pueda resignarme á una existencia semejante? No soy dueño de mi mismo... Una mano de hierro pesa sobre mi... Estoy sujeto á la voluntad de un amo inflexible... Oh! no me devolvereis nunca la libertad?

MARQ. La libertad! Ingrato! Cuando tanto he hecho por él!

Jon. Vos?

MARQ. Apenas hace dos meses que estamos en Francia, y tenéis ya la mejor parte en los favores del Regente. Esa alta posicion, á quién la debeis mas que á mí?...

No soy yo quien os ha colocado al lado de S. A.?

Jon. Para que os sirva de espía y de instrumento.

MARQ. Perdiez! Dónde estaria la necesidad de hacer bien, si no se ganase en ello? El hombre que por sí solo no es nada, es preciso que sirva de instrumento. Pero hablemos de otra cosa, y responded á mis preguntas como un esclavo responde á su dueño!

Jon. Un esclavo! Pues bien, no os respondo!

MARQ. Como gustéis. Un dia, el caballero Jorge de Laval, enredado en cuantos dispendios por una hermosa joven á quien amaba, para proporcionarse dinero, firmó un papel, con un nombre que no era el suyo.

Jon. Oh! callad, callad.

MARQ. Al que tal hace, creo que se le llama falsario.

Jon. Mas bajo... mas bajo.

MARQ. Yo he comprado ese precioso pergamino, y antes de una hora estará en poder del Regente.

Jon. Qué me importa? Me verá perdido...

MARQ. Pero esa perdicion es la vergüenza para vuestro nombre, el deshonor para vuestra familia.

Jon. Mi padre!

MARQ. Veo que estais conforme en responderme. Decid: Mme. de Theringe continua en la inteligencia de que habita una casa alquilada por vos?

Jon. Lo cree.

MARQ. Y no sospecha cuál es la mano misteriosa que la encierra, como en un círculo mágico; cuáles son los ojos que la espían, y los oídos que la escuchan?

Jon. No. Sin embargo, lo que pasa en torno suyo comienza á parecerle extraño.

MARQ. Y habeis cuidado de desvanecer mis sospechas?

Joa. Sí.

MARQ. Bien. Dónde está hoy el caballero Horacio?

Joa. En palacio, solicitando una tenencia.

MARQ. No me opongo á que se la den en uno de los regimientos de las colonias.

Joa. Debo advertiros, señor marqués, que S. A. me espera.

MARQ. Se espera. Aun no he concluido. Mma. de Theringe desea que Horacio se case con Diana. Se trata de ese casamiento?

Joa. Pero...

MARQ. Se trata de ese casamiento?

Joa. Mma. de Theringe ha escrito al Regente solicitando su venia.

MARQ. Haced que el Regente consienta lo mas pronto posible. Oh! No es por esa parte por donde debe haber los obstáculos. Lo que temo es, que Diana no sea amada... Informadme sobre eso vos, el amigo íntimo del novio.

Joa. Quereis que abuse de su confianza, para sorprender sus secretos y entregarlos?

MARQ. De otro modo, qué utilidad sacaria yo en que fueseis su amigo?

Joa. Ya no lo soy, señor Marqués. Este afecto tan puro, formado en el destierro, que fué la única felicidad de mi vida, lo he roto para no verme obligado á venderle. Buscad otros espías que lean en su corazón.

MARQ. Palabras inútiles, amigo mio. Hacedme el obsequio de anunciarme á Mma. de Theringe, y partid luego al palacio de S. A., á esperar nuevas instrucciones.

Joa. (Yo prevendré á Horacio, porque luchar contra ese hombre, es atacar al demonio.)

ESCENA II.

MARQUES, solo.

Con que estoy enamorado, yo, Carlos, el indomable aventurero, el hombre de los complots siniestros, y de las sangrientas sublevaciones? Yo, que he pasado quince años en un desierto, buscando el oro que era mi Dios! Si... es un hecho positivo! Tengo corazón, y corazón que desea y que sufre. Mis crímenes, mi ambición, mi egoísmo, el orgullo de haber vencido, todo esto viene á parar en mi amor insensato... y la muger á quien amo, lleva el nombre de Lascours! No importa; he combatido con todas mis fuerzas esta loca pasión, pero ya que no he podido vencerla, quiero saciarla. Ogarita, tú serás mía, á pesar de todo... á pesar del recuerdo terrible de lo pasado... á pesar de tu odio! Y por qué me odia? Por qué, siempre que se acerca á mi, ese labio crespado, esa mirada llena de fuego, ese estrechamiento extraño? Si se acordará... Si habrá reconocido?... Pero no, estoy seguro de lo contrario... Durante el viaje, y después de la llegada, invisible ó presente, he espiado el despertar de esa inteligencia, como se espía el desarrollo de una flor; he visto ese pensamiento desprenderse poco á poco de las tinieblas; he escrutado con ávida mirada esa alma que se signoraba á sí misma, y estoy convencido de ello... La vida no comenzó para Ogarita hasta el día en que los indios la encontraron en la playa!

ESCENA III.

El MARQUES, Mma. de THERINGE.

THE. Señor Marqués, iba á rogaros que pasaseis á verme.

MARQ. Y puedo saber, señora, á qué hora tanto hehor?

THE. A mi edad, señor marqués de Antas, no se cree en los cuentos de magia.

MARQ. No os comprendo.

THE. Doy una orden y soy inmediatamente obedecida; formo un deseo, y es satisfecho como por encanto.

MARQ. Eso prueba el buen servicio de la casa.

THE. Se me ha ocurrido una idea, señor marqués; afirmaría que os encicéis á nuestro protector invisible.

MARQ. Tal vez, señora.

THE. Y se llama?

MARQ. Se llama... Felipe de Orleans.

THE. El Regente?

MARQ. Sí, señora; el Regente, que os ha libertado del destierro, y quiere devolveros en la corte de Francia el rango que mereceis.

THE. Pero á quién ha encargado S. A. la distribución de sus beneficios?

MARQ. A vuestro mejor amigo.

THE. Mi mejor amigo?

MARQ. A mí.

THE. Vos?

ESCENA IV.

Los mismos, OGARITA, DIANA.

DIA. Ven, ven, Ogarita.

OGA. (Entrando lentamente.) Aquí me tienes.

DIA. Verás á Horacio que estará aquí.

OGA. Horacio! (corre hacia el Marqués, que se vuelve á ella y la saluda.) No! (se aleja del marqués.)

MARQ. Continúa vuestro despego conmigo, señorita?

OGA. Sí.

THE. Ogarita!.. (al marqués.) Dispensadla, señor marqués.

OGA. Y por qué razón me ha de dispensar? He cometido alguna mala acción?

THE. Hija mía, tu clase en el mundo, tu sexo mismo exigen de ti ciertas consideraciones, cierta política...

OGA. Ah! Y la política es disfrazar el pensamiento; en una palabra, mentir?... Marqués, sois amable, tenéis el rostro de un ángel... Ogarita se crea feliz al veros... Ya he obrado con política. (vá á sentarse.)

DIA. Hermana mía...

MARQ. Dejadla, dejadla hablar. Si quereis corresponder al amor mas profundo...

OGA. Dejadme!

MARQ. No me rechaceis así.

OGA. Hay instantes en que el sonido de la voz tortura el corazón de Ogarita.

MARQ. Pero por qué me aborreceis, si jamás os he hecho daño?

OGA. Quién sabe?

MARQ. Cómo!

THE. Ogarita!

DIA. Hermana!

OGA. En nuestras tribus salvajes se cree en una existencia anterior á esta. Pues si no hubiese abrazado la fé cristiana, si no hubiese leído ese libro santo, esa Biblia, que tú, hermana, me has dado, creeria que en otra vida he padecido por causa de ese hombre.

MARQ. Delirio, señorita!

OGA. Sí, esa voz la he oído antes de ahora; esa mirada ha pesado sobre mí... pero dónde, Dios mio, dónde?

MARQ. (Oh! Es preciso terminar de cualquier modo!)

DIA. Pero no recuerdas nada, hermana mía? Aquella plegaria que empecé yo antes, y que tú concluíste, de dónde la sabes?

OGA. Ya lo comprendo sin duda cuando los indios que hallaron desmayado en la playa. Tenia una herida en la cabeza, mi razon estaba muerta... Pronunciaba palabras que ellos no comprendian: me llevaron conmigo, lejos, muy lejos... y cuando volví á la vida, un velo cubria mi pasado; no habia, detrás de mi mas que la noche de un abismo sin fondo!

TRE. Paciencia, hija mia; el Dios que te ha conducido hacia nosotros, no dejará su obra imperfecta.

MARQ. (Es preciso que no haya nadie entre esta mujer y yo.)

ESCENA V.

Los mismos, HORACIO.

OGA. Horacio! Oh! le amo! Como os amo á todos!

MARQ. (Acaso mas que á todos!)

DIA. Como es que venis tan tarde?

HOR. Acabo de ver al Regente, y he recibido de él la mas benévola acogida.

TRE. Os habrá hablado de los beneficios de que nos colma.

HOR. No, porque hace una hora que ignoraba S. A. que estuviéssis en Francia.

MARQ. (Todo se ha perdido!)

TRE. Qué decís?

HOR. Lo ha sabido por mí, y por la carta que le habeis dirigido.

TRE. Entonces, señor marqués, lo que me habeis dicho....

MARQ. Me denunciaré con gusto. Confieso... que os he engañado!

TRE. Es decir que esta casa, estos criados...

MARQ. Todo me pertenece.

TRE. Por poderoso que seais, señor marqués, no rehusareis la explicacion de vuestra conducta á la condesa de Theringe.

MARQ. Es muy justo. Amo á la señorita de Lascours. (señalando á Ogarita.)

OGA. A mí?

HOR. Pues ella os aborrece!

MARQ. No hablo con vos.... á ella corresponde solamente...

OGA. Horacio, tu pensamiento es el mio. Aborrezco á ese hombre!

HOR. Qué esperais, señor marqués?

MARQ. La constancia lo vence todo, y esloy muy acostumbrado á vivir, para asustarme tan de pronto. Ofrezco á esta señorita con mi mano, el nombre mas grande de Méjico, la fortuna mayor de Francia, y la participacion de un poder soberano, que tiene el oro por base y por corona. Además, ante mi odio y mi amor, no debe vacilarse.

TRE. Habla, Ogarita. Quieres ser la esposa, la compañera del marqués de Antas?

OGA. Yo?

MARQ. No es solamente mi corazon, son tesoros inmensos, son poder sin límites lo que os ofrezco.

OGA. Ogarita desprecia vuestros tesoros, vuestro poder y vuestro amor.

MARQ. Me retiro, señora; reflexionadlo bien, y si algun dia la desgracia viene á llamar á vuestra puerta..... (Que si vendrá,) id en mi busca, y siempre me hallareis dispuesto á tenderos una mano, que hoy rechazais. (Miserables de vosotros!) (sale.)

ESCENA VI.

Los mismos, menos el MARQUÉS.

DIA. Su despedida es una amenaza.

HOR. No es amenaza.

DIA. Horacio, será preciso que volvais á ver al Regente.

HOR. Si; pero lo que mas urge es abandonar esta casa.

Ya os he dispuesto otra, y he tomado, para que os sirva, á un pobre viejo con el que creo que se puede contar. Y como previ lo que sucede, le he mandado venir, y creo que no tardará.

TRE. Gracias, mi querido Horacio; aun tengo amigos en la corte, y voy á escribirles para obtener el franco apoyo de S. A. (pasa.)

OGA. Oídme, Horacio; el amor debe ser una cosa muy horrible, porque mi alma se subleva con solo oír á ese hombre.

HOR. El amor, como él lo comprende, es el amor venal, degradante y corrompido.

OGA. Oh! Si, ese debe ser su amor.

DIA. Pero hay otro, hermana mia...

HOR. El amor puro y bendito del cielo, todo de sacrificios y de deber.

OGA. Oh! ese, ese es mi amor.

DIA. El tuyo?

HOR. Qué es lo que dice?

UN CRIADO. (entrando.) De parte de S. A. el Regente, para el señor Horacio de Brionne.

HOR. Mi despacho de teniente... además S. A. aprueba mi casamiento con la señorita Diana de Lascours.

DIA. Horacio!

OGA. Un casamiento! Luego tú le amas?

DIA. Si.

OGA. (avanzándose.) Un casamiento... Es decir, vivir eternamente el uno para el otro?

DIA. Qué tienes, hermana mia, tiemblass?

OGA. No, Ogarita es fuerte, Ogarita es feliz... El marqués la ha pedido por esposa...

HOR. (Oh! qué suplicio, Dios mio!)

DIA. Hermana, tú padeces?

OGA. Pues bien, si, padezco!

DIA. Por qué?

OGA. Os vereis tan felices, que yo vendré á seros un peso insufrible, y me olvidareis como á una muerta.

HOR. Olvidaros? Jamás!

OGA. Qué hará entre vosotros una hija de los desiertos, una salvaje como dicen? En vuestro mundo, todo me irrita, me lastima y me atormenta. Necesito rugir como nuestras fieras: saltar como las olas del Océano; si, aquí me sofoco! Aire! aire!

DIA. (Qué sospecha!)

OGA. Quiero partir!

DIA. Pero á dónde?

OGA. Iré delante de mí como el agua que corre, como la nube que vuela.

HOR. Ogarita, me habeis rechazado, me rechazais aun, pero yo me atrevo á acercarme á vos; á tomar esta mano que antes me abandonabais como á un hermano, y no la dejaré hasta que me prometais quedaros con nosotros.

OGA. (dudando.) Horacio! Horacio!

DIA. (Oh! Lo conozco... se aman!)

OGA. (mirando á Diana.) No, no, es imposible! Mi libertad... quiero mi libertad! (vá á salir y se encuentra cara á cara con Martín.)

ESCENA VII.

Los mismos, MARTIN, MMA. DE THERINGE.

MAR. Salud á la compañía. Traigo un miedo feroz, y vengo á ponerme á las órdenes de ese caballero. (viendo á Ogarita.) Cielo de Dios! Dios del cielo!

OGA. Por qué me estorbais el paso?

Mar. Es que... Pero no... si, no... si... tampoco... Si, al! Buenos días, señora... Con que viva y viva, eh? Santos del Paraíso! Sin duda bailaréis como yo algún brik dinamarqués que os librase de los hielos y de los esos blancos...

Hon. A quién creéis hablar?

Mar. A quién? A mi señora la capitana de Lascours.

Thé. La habéis conocido?

Dia. y **Oga.** Mi madre? En dónde?

Mar. A bordo de la *Urasia*, donde he sido grumete y marinero, para servirlos.

Thé. Pero no sabéis que la señora de Lascours ha muerto?

Mar. Muerto! Es verdad que tenía mas edad cuando yo la conocí, y no puede haberse remozado tanto en quince años... Pero se parece mucho... Ya, ya caigo; es su hija... (á *Ogarita*.) Vos sois...

Oga. No os conozco.

Mar. Con que no me conocéis? Vaya, vaya! Pues yo sí que os conozco, y no podeis rechazarame... eso sería una ingratitud! No os acordais de mis pantorrillas y de mis narices... Vos me las habéis alargado tanto, señorita Marta!...

Oga. Marta! Marta! Quién ha pronunciado mi nombre?

Marta! Así me llamaban cuando era niña... Ese era el nombre... Ah! sí, eso era el nombre que me daba mi madre!

Mar. Sí, sí; cuando me llamabais vuestro perro de *Terranova*... cuando me haciais ladrar...

Oga. Espera, espera... (recordando.) *Martin*... no es verdad?

Mar. Me ha nombrado!

Oga. Ah! el velo se rasga! Ya he encontrado mi infancia! (*Marta ladra, ella le abraza.*) Sí, *Martin*, hálame... hálame de mi madre!

Mar. Pensadme, señorita, flaqueo algun tanto en las entenas... y si me ahogo... ya veis... En fin, baré lo mejor que me sea posible.

Thé. Sosegaos, sosegaos, amigo.

Mar. Sí, señor... Ah! dispensadme, mi buena señora... porque la emocion... la alegría... yo... (á *Ogarita*.)

Mirad, para poder hablar, es necesario que vuelva á abrazaros... (*la abraza.*) Ah! Ahora sí! Nos acercá-bamos á Méjico... Yo sentía un miedo feroz...

Oga. Continua.

Mar. Sucede entonces que un tuno escita á sublevarse á los marineros... Vuestro buen padre le acomete, le desarma, le derriba... y cuando iba á despacharle al otro mundo, otro tunante os agarra y amenaza arrojaros al agua...

Oga. Sí, ya me acuerdo de eso. De repente se aproxima una mujer pálida, anhelante, con los brazos tendidos hácia mí... Aun creo verla todavía... Sí, me acuerdo de sus facciones. Oh! madre mía, madre mía! Aun siento cuando me estrechaban vuestras manos, cuando me levantabais por encima de las olas, cuando vuestros brazos me colocaban sobre aquel témpano de hielo... oigo vuestro adiós postrero cuando las olas os sepultaron... porque así es como murió, *Diana*, conservando todo su valor para salvarme. (*cas llorando en los brazos de Diana.*)

Dia. Bien deciais, que Dios no dejaría imperfecta su obra.

Hon. Y el miserable que causó la muerte de Mr. de Lascours y de su esposa?

Mar. Era un tal *Carlos*... Con el miedo que tengo ahora, si le viese á tiro...

Oga. *Carlos*!

Mar. Os acordáis bien, señorita?... Queréis que os tra-

ca su retrato?... *Color muy moreno, ojos negros, sonrisas feroz...* (en este momento sale el marqués *Mica. de Theringe* y *Oracio* salen á su encuentro.)

ESCENA VIII.

Los mismos, el MARQUÉS.

Oga. (reconociendo á *Carlos*.) Ah!

Mar. (lo mismo.) Rayos y truenos!

Oga. Es él, no es verdad?

Mar. Creo que sí... el miedo se me aumenta...

Oga. Cállate! Cállate!

Mar. Callaré... pero me dan unas ganas de estrangularlo... por si acaso es...

Oga. (señalando una puerta lateral.) Entra ahí.

Mar. (Voto al demonio! Si moriré sin el gusto de ahogar! Fuego de Dios! (*entra pateando de tra.*)

Hon. (al marqués.) Con qué objeto venis, señor marqués?

Marq. (á *Mica. de Theringe*.) Dispensareis este paso, cuando sepais el motivo.

Thé. Hablad!

Marq. Si tenéis amigos verdaderos en la corte, también tenéis enemigos poderosos, y acabo de saber con un profundo pesar, que amenaza á vuestra familia una desgracia terrible.

Dia. Una desgracia!

Hon. Hablad, porque estoy seguro de que nada os ocultan nuestros enemigos.

Marq. Os equivocais, señor *Horacio*... Lo ignoro todo, pero aqui está el señor de *Laval*, que podrá instruiros mejor que yo.

ESCENA IX.

Los mismos, JORGE, soldados.

Hon. *Jorge*!

Marq. Acercaos, señor de *Laval*, y decidnos de qué órdenes sois portador.

Jor. La señora de *Theringe* y la señorita *Diana* de *Lascours*, van á ser conducidas á Méjico en una nave del Estado.

Dia. Un nuevo destierro!

Thé. Y á mi edad! Es la muerte!

Oga. Partiremos juntas, madre mía!

Marq. (que ha tomado la orden de las manos de *Jorge*.) Señorita, lo siento, pero la orden manda que os queidis.

Oga. Que me quede... sola... No, no, es imposible.

Marq. Vedlo.

Oga. Pero *Horacio* podrá...

Jor. En nombre del rey, dadme la espada.

Hon. (dándole.) Os compadezco, señor de *Laval*... Sois el agente de un esbirro... A dónde me conducis?

Marq. A la *Bastilla*! A una prision eterna!

Thé. y **Dia.** Ah!

Hon. Pero y ella, Dios mio, ella!

Marq. Partid! Nada de piedad! Si se revela, herid sin compasion!

Hon. Infame! Algun dia me vengaré. (*los soldados se lo llevan.*)

Oga. *Horacio*! Madre mia! Querida hermana!

Dia. Matadnos primero! (al marqués.) Piedad, señor. piedad!

Marq. Lo siente mucho mi buen corazon... pero...

Oga. Calla, calla! Las personas bonradas no ruegan nunca á los tiranos!

Dia. Marta!

Marq. Fuera todo el mundo!

TUN. Hija mía... hija mía, qué será de tí! Dios mío, Dios mío, volad sobre ella! (Mma. de Theringe y Diana se retiran, después de haber abrazado á Ogarita, que queda silenciosa é impasible; el marqués las sigue un momento.)

MAR. (sintiendo la puerta.) Señorita, salgo ya y le estrangulo?

OGA. No... déjanos! (vuelvo á ocultarse Martín.)

ESCENA X.

OGARITA, el MARQUÉS.

OGA. Desarmada enfrente del asesino! No, no; el Dios de mi madre está á mi lado! (toma una Biblia.) Abrete, Biblia santa, y aconséjame. (leyendo.) «Judit halló al asirio bajo un pabellon tejido de púrpura, cubierto de oro y esmeraldas... y Holofernes cuando la vió, se abrasó en amor por ella.» (el marqués viene lentamente y se dirige á Ogarita, que cierra la Biblia y se levanta con calma y resolución.)

MARQ. Ya lo veis, señorita; nadie es capaz de luchar conmigo...

OGA. Es verdad.

MARQ. Quería dividir con vos este poder. (movimiento de Ogarita.) Os he ofrecido mi mano... y la habeis rechazado.

OGA. (con una mano puesta sobre la Biblia y presentando la otra al marqués.) Señor marqués, ahora la acepto. (salen.)

MAR. (apareciendo.) Y en último caso, aquí están mis puños!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Una grande y rica galería, sostenida por columnas, y cerrada en el fondo por tres grandes puertas de bronce dorado, las cuales, al abrirse, dejan ver un bellissimo parque iluminado profusamente. La escena está también alumbrada con grandes arañas y candelabros.)

ESCENA PRIMERA.

MARQUES, muchos lacayos ricamente vestidos; un MAYORDOMO en traje sencillo.

MARQ. Habeis informado á la señora marquesa de nuestra marcha?

MAY. Si, señor marqués.

MARQ. Y qué ha respondido?

MAY. Me preguntó que cuándo era la marcha; la contesté que esta noche, y se puso á escribir, mandándome retirar.

MARQ. (Escribir! A quién podrá ser?) He mudado de opinion; dentro de una hora salimos de París.

MAY. Dispensad, señor marqués, pero las órdenes que se han dado...

MARQ. Se dan otras nuevas.

MAY. Las paradas que he dispuesto...

MARQ. Se envían otros tiros.

MAY. Temo que no sea posible.

MARQ. Basta. Si quereis continuar á mi servicio, no volvais á repetir esa palabra... Se paga diez, veinte, cien veces si es preciso, pero quiero que se me obedezca. Dentro de una hora parto. Marchad! (todos se retiran.)

ESCENA II.

El MARQUES, solo, paseándose con agitación.

Quiero que partamos, Ogarita; quiero arrancarte de

un gusto que te rodea de homenajes y de adoraciones. Verramos si lejos de esta corte que te habias formado, rechazas con mi amor. Rechazarne! No soy su esposo; su amo, su señor absoluto! Su amo! Pobre loco! En vano mi orgullo se subleba; esta muger me domina... una palabra que se escape de sus labios, desbarata todos mis proyectos, trastorna todas mis resoluciones, y mi voluntad mas decidida viene á estrellarse ante una de sus miradas. Pero, ¿por qué ha consentido en este matrimonio, si debiamos permanecer extraños el uno al otro? Qué pasará en su corazón? No ha de poder arrancar del mio ese amor que me hace tan débil y tan cobarde! Oh! cuánto te aborreceria, muger, el día en que volvieses á ser dueño de mi mismo! Y ese día no está lejano! Tiemblo, pues, como toda tu familia!

ESCENA III.

MARQUES, JORGE, un SECRETARIO de la embajada de España, varios señores.

UN CRIADO. (anunciando.) El señor Jorge de Laval y el señor Secretario particular de S. E. el embajador de España.

SEC. Venimos á despedir al señor marqués. Sin duda quereis, en paises lejanos, prodigar el oro en favor de vuestra esposa?

MARQ. Es cierto; puedo prodigar el oro á mi placer! Sabeis de qué manera me ha hecho amigo de nuestros mas grandes señores? Del mismo Regente? Juego contra ellos, y pierdo siempre.

SEC. Siempre!

MARQ. Señor Secretario, si ayer hubieseis jugado en mi partida y no en la de otros, no os hubieran ganado diestramente diez mil escudos, que tal vez no podreis pagar.

SEC. Qué, sabeis...

MARQ. Todo se sabe! Pero qué hace ahí tan silencioso el señor de Laval?

JON. Esperaba que estuvieseis menos ocupado, para recibir vuestras órdenes.

MARQ. Mis órdenes!

JON. (bajo.) Señor marqués, exigit aun que Mma. de Theringe vaya á Méjico, lejos de su hija?

MARQ. (id.) Lo exijo!

JON. (id.) Es que morirá ahí!

MARQ. (id.) Que muera!

JON. (id.) Y no permitis que Horacio saiga de la Bastilla?

MARQ. (id.) No; que muera tambien! (Horacio, madama de Theringe, Diana, he aquí mis únicas armas contra Ogarita.) Cuándo se dá á la vela el navio que las conduce á Méjico?

JON. Dentro de ocho dias.

MARQ. Bien.

JON. Pero, no se han cumplido ya vuestros deseos, señor marqués? No hace ya un mes que Ogarita es vuestra esposa? Quién os impide ahora ser generoso?

MARQ. Basta! Desprecio á los moralistas; quiero que mis criados, en cuyo número os cuento, me obedezcan ciegamente.

JON. Yo no soy criado vuestro.

MARQ. Es verdad; mis criados pueden despedirse y obrar como les plazca despues.. Unicamente mis esclavos son los que se hallan atados á mis endenas.

JON. (con energia.) Oh! Si algun dia pudiese romper la que arrastro...

MARQ. (Con cuánto placer os vengariais de mí, no es verdad? Lo comprendo! Pero ni podéis, ni podreis

...[...]
...[...]
...[...]

ESCENA IV.

Los mismos, Ogarita; en gran trage de corte.

Oga. La marchal! No lo creáis!
MARQ. Qué decís?
Oga. (todas se inclinan.) Señores, os invito á la fiesta que doy esta noche, dentro de media hora, en mi palacio.
MARQ. Una fiesta?
Oga. Sí.
MARQ. No os he comunicado mi voluntad contraria á todo eso?
Oga. Sí.
MARQ. Y no teméis mi cólera?
Oga. No.
MARQ. Señora!

Oga. Refrenaos, caballero... (deja caer el abanico; muchos señores se bajan para recogerlo.) Deteneos! Señor marqués, dejadme este abanico! La inclinaré ocdon al amor (el marqués se baja; fija los ojos en los de Ogarita y recoge el abanico.) Gracias! (toma el abanico, el marqués quiere abrirlo lo mismo, y ella lo retiene.) Levantaos ahora. No tengo nada más que mandaros.

MARQ. (Oh! Esta poder infernal!...)
Oga. Qué decís?
MARQ. Necesito hablaros... sin testigos.
Oga. Id primero á dar la contestación de ese viejo, mientras que yo despido á estos señores; habré muy luego.
MARQ. (se va, sollozando.) Ya que no puedo en esta, me reñegaré en su familia!

ESCENA V.

Los mismos, menos el MARQUES.

Oga. (Al fin respiro... Otra vez he logrado vencerme á mi misma.)
SEC. Aprovecharemos vuestra invitacion, señora. (todas se inclinan, se dirigen al fondo y vanes.)
Oga. (al Secretario.) Esperad, señor Secretario. (á Jorge.) Quedaos, caballero Jorge!

ESCENA VI.

Ogarita, Jorge, el SECRETARIO, despues MARTIN.

Oga. (al Secretario.) Señor Secretario, tengo un favor que pediros y otro que ofreceros.
SEC. Hábled, señora.
Oga. Anoche os ganaroq descalzamente una suma crecida, y no podéis pagarla al momento.
SEC. Es verdad, señora.
Oga. No habéis encontrado ningun amigo que os preste ese dinero?
SEC. Ninguno.
Oga. Bien! (llama.)
MAR. (salido.) ¿Se puede entrar?
Oga. Tienes miedo?
MAR. Miedo? Creo que sí.
Oga. (señalando al Secretario.) El señor Secretario necesita dinero.
MAR. Mucho?
SEC. Cómo! Está viejo...
MAR. (con fatidad.) Este viejo es la caja de la señora marquesa. Cuánto necesitad!
SEC. No sé si debo...

MAR. Debe, y aun no habéis recibido? Vamos; cuánto os hace falta!
Oga. Creos que so...
SEC. Diez mil escudos... pero...
MAR. Nada más que eso? (saca cartuchos de oro y billetes de su bolsillo.) Ahí está, ¡contad!... y si no basta, decidlo. (abriendo el bolsillo.) La caja está abierta.

SEC. Acepta, señora, porque estoy seguro de poderos lo reintegrar muy luego.
MAR. Con que nada más? Pues cerramos la caja. (se abotona.)
SEC. Háblaos de un favor que podría haceros.
Oga. Hábéis pedido á España las noticias que os indiqué?

SEC. Del archivo de la familia de Antas?
Oga. Sí.
SEC. Ya han llegado á la embajada.
Oga. Las necesito hoy, dentro de media hora. Este es el favor que espero de vos. Es una sorpresa que gerservo á mi marido.
SEC. Seréis satisfecha; señora marquesa.
Oga. Bien. (le despiñe con una seña y se acerca á Jorge)
MAR. (Y vá uno!)

Oga. Jorge, mi madre y mi hermana partirán pronto para el destierro?
Joa. Dentro de ocho dias.
MAR. Voto á Bolebub! Dejadme á mi, señorita, y ya vereis como lo arrajo todo á puñadas.

Oga. La prision de Horacio, cuándo cesará?
Joa. Nunca.
MAR. No puede ser mas tarde... Voto val...
Joa. El cielo sabe que daría mi vida por salvarles; pero como se me vida solamente la que sirve de rehén... ¿ese verdugo?
Oga. Lo sé. Martin?

MAR. Señora! ¿Hay que abrir otra vez la caja?
Oga. No... ese papel.
MAR. Ah! sí... aquí está.
Oga. (prescindiendo de Jorge.) Jorge, habéis cometido una falta, pero harto cruelmente la habéis espiado... Tomad, destruid ese recuerdo!

Joa. (tomando el papel y leyéndolo.) Qué vpo! Me devolveis mi libertad... mi honor, mi vida...
MAR. Todo eso en los garraños de ese papel!
Joa. Señora, bendida seas por lo que acabais de hacer; hace cinco años que ese vergonzoso recuerdo pesa sobre mi corazon; cinco años que no me atrevo á abrazar á mi padre... y en fin, soy libre; libre por vos!
Ogarita, os perdonen; qué me mandad! Hábland!

Oga. Acordaos de los que padecen y oíad siempre según vuestra conciencia! Dios os mira!
Joa. Os comprendo; corro á arrojarne á los pies del Regente.
Oga. Id. (vase Jorge por el fondo.) El marqués viene.
MAR. El marqués! Ya me acomete el miedo. Quereis que me quede para...
Oga. No... entra ahí...
MAR. (entrando.) Cuando se acabarán todos escondrijos!

ESCENA VII.

Ogarita, el MARQUES.

MARQ. Estais sola?
Oga. No me digáis que despido á todos?
MARQ. Todos me felicitan por mi ventura; no os parece que es un amargo sarcasmo, y que debo ponerlo término?
Oga. Qué falta á vuestra felicidad?

MARQ. Y con lo preguntado... No; que sube el nivel que me consume! Amor apasionado, amor violento que rechaza con desden? Para qué me; amonestado por esposo, si tan odiosa me era mi esposa?

OGA. Os engañaba, marqués. Ese amor es mi delito más odioso... ¿y así me lo jura, sin me amonesto nunca tanto como yo quisiera?

MARQ. Yo... yo no amara tanto? Mirad... queréis que os descubra mi alma toda entera? Pues bien; arbedor, y mofoa de mi debilidad; me son mis dadas pensamiento, al término de todos mis deseos; el objeto de todos mis ensueños. Mi poder, mis tesoros; todo lo daría por vuestro riempo; esperable; cada una de vuestras palabras vibraba en el fondo de mi corazón; cada una de vuestras sonrisas me embriaga; cada una de vuestras miradas me entuquece, y el más horrible suplicio que puedo imaginarme, es morir sin vuestro correspondido!

OGA. (con gesto.) Hablad... proseguid! Ah! Os aseguro que soy feliz... muy feliz oyoseda.

MARQ. Me lo jurais?

OGA. Os lo juro, por la memoria de mi madre!

MARQ. De... (De su madre. Este momento es sublime te momento!...)

OGA. Dado paseros muy torpe bajo estos adornos esplendentes.

MARQ. Vos?

OGA. No tenía para instantes más que á mi hermana y mi abuela, y las habéis estado de mí.

MARQ. Seréis feliz viéndolas?

OGA. Oh, mucho! Me aseguran que hasta lo indicáis el Regente para que me ame más devueltas en verdad?

MARQ. Tal vez...

OGA. Entonces, escribid, escribid, á oscuré que me engañabais. (le pone la pluma en la mano.) Vamos, vamos!

MARQ. Si, escribiré; te volveré á tu familia. (escribe unas líneas.)

OGA. (El mismo se entrega!)

MARQ. Estas líneas son su salvación; pero antes que leer solo palabras de amor os escape de los labios...

OGA. Miradme, señor marqués; miradme cara á cara, y repetid que me amais.

MARQ. No soy... vuestro esposo?

OGA. Es verdad, mi esposo; mi amo y señor? Y os dices que cuenta de lo que pasa en mi corazón. Marqués... mi familia fué cabalmente asesinada...

MARQ. ¿Acá?

OGA. Sí, os lo he dicho, no sé verdad? Este crimen os lo recuerdo con frecuencia, con mucha frecuencia... pero lo que me os he dicho es, el odio implacable, el odio de salvaje que se alimenta aquí contra el asesino; lo que no os he dicho es, la venganza fútil; la cual caminaba á pasos lentos, con la mirada fija, refrescando el aliento, sin ajejar una hoja, sin mover un grano de arena, como se desfilan los huiles en el desierto, para sorprender á un enemigo, á través de las malezas, de los hielos y de los tormentos.

MARQ. Mas mirad!... Esa sonrisa...

OGA. Sois rico, y acepté esa riqueza, para explotarla en favor de mi venganza. Sois poderoso, y acepté vuestro poder para destruir al culpable. Me amais?... El hombre que desee mi amor, ha de arrancar la máscara al asesino; me le ha de presentar atado de pies y manos para entregarme yo al verdugo. Marqués de An... ¿queréis ser ese hombre?

MARQ. (con éxtasis.) ¿Qué?

OGA. Llamadme Marta de Lascours.

MARQ. (mirándola con asombro.) Marta de Lascours?

OGA. Sí, Marta de Lascours por Dios! Os abino que os vora y del... que os ampa; ahora, os abino que me amais... Ya os escuchó.

MARQ. Pues bien, Marta de Lascours, nos entendemos, porque ha leído en vuestra alma.

OGA. Lo celebró; esta reserva me malaba.

MARQ. Si, os he comprendido, y es digno que soy siempre vuestro señor.

OGA. Mi abuelo...

MARQ. Exponis el recuerdo de los que dejaron de existir, y os olvidáis de los que aun viven!... Olvidad todo lo que puedo contra vos... todo lo que puedo contra ellos... Desgraciadas las dos mugeres; el navio que deba conducirnos me pertenezca... Acordad cómo embrieron vuestros padres!... (rompe el papel y tira los pedacos.)

OGA. Cobarde!

MARQ. Infeliz de ese Horacio, á quien amais; las puñetas de su calabozo pueden ser tapiadas á mi vez... y me irá en el grado vuestro!

OGA. Asesino!

MARQ. Ah! Habéis estado la máscara demagoga puesta, Marta de Lascours; Marta de Lascours, á quien ahora odio tanto como antes la amé... Estabais tan mi vengadora!

OGA. (arrodillada.) ¡Dios! ¡Dios!

MARQ. No hay poder! Estais solo en el mundo, y llegó mi vez!

UN CRIADO. (anunciando.) La señora condesa de Thuringe y la señorita Diana de Lascours. (aparecen.)

MARQ. Ah!

OGA. (apartado.) Mi madre... Mi hermano... el conde de Lascours... el caballero Horacio de Brunet... el conde de Lascours... El infame se conjura contra mí!

OGA. He arrojado la máscara demagoga, señor Marqués?

MARQ. (cayendo en un sillón.) Oh! había!

ESCENA VIII.

Los mismos, Horacio, Medama de Thuringe, Diana; despues Jorge.

OGA. No me abrais, madre mía!

THU. A su vez, por la voluntad soberana, no habéis vuelto á vos, señores.

OGA. Señora! Y vos, Horacio, me acusais tambien?

HOR. No deseaba que mi presencia fuese una reprensión para vos; para vos, que escoljais á nuestro enemigo por esposo! No he podido que me abrisen las puertas de la Bastilla; ha sido preciso una orden formal del Regente para obligarme á venir aquí.

MARQ. (El Regente!) Y quién ha osado obligarme á firmar esa orden?

OGA. Comprendo la irradia con que me acoréis... Señor Marqués, decid á todos, que si me he escapado de á vos, ha sido con el odio y la venganza del cofazor.

MARQ. Considerad que soy vuestro dueño!

OGA. Creéis que me he casado con ese hombre porque es rico?... Os engañais... soy mas infame aún... Me he hecho la esposa del asesino de mi padre!

Todos. El asesino!

MARQ. Calumnia!

HOR. (á Ogarria.) ¡Falsad! ¡Espicados!

MARQ. (amenazando.) Ni una palabra, señora, ó juro...

OGA. La espada, Horacio; no permitais que llame á que se fugue... quiero que me oiga.

HOR. ¡Impudente el caso de Marqués!

MARQ. (con furor.) Y no tener un arma!

OGA. He encadenado mi vida á la vuestra, marqués de

Antes, para espiar cada uno de vuestros pasos, para adivinar cada uno de vuestros pensamientos; he encadenado mi vida á la vuestra, para sorprender mejor vuestros secretos, y estudiar vuestra existencia pasada. Para descubrir vuestros crímenes, he sembrado diez veces mas oro del que vos sembrábais para ocultarlos. En fin, si he tomado la mano que me ofreciais, era para arrastraros al abismo!

TER. (*abrazando á Ogarita.*) Hija querida!

OGA. Hermana!

OGA. Eso es lo que he hecho; el Dios de Judit me ha inspirado, y aun siento su ádito divino en mis cabellos.

MARQ. Oh! Desgraciado del que me ha vendido con el Regente! Quién es? Quién?

JON. (*saliendo.*) Yo, señor Marqués.

MARQ. Jorge!

OGA. No le amenaceis... le he devuelto ese escrito que os servia de arma contra él.

MARQ. Y qué me importan vuestras acusaciones?... Qué pruebas tenéis contra mí?

OGA. Esperad, esperad. Aquí estan vuestros amigos; aquí está vuestra corte. Sois muy poderoso, señor Marqués.

MARQ. Lo suficiente para aniquilar á todos.

ESCENA IX.

Los mismos, todos los señores, el JUEZ criminal y sus dependientes.

MARQ. Venid, venid. (*viendo al Juez y en cómitiva.*) El Juez criminal!

OGA. Os he llamado, señores, y os he ofrecido entregaros el asesino de la familia de Lascours.

TODOS. El asesino!

OGA. Hace quince años que se llamaba Carlos.

MARQ. (*bajo.*) Carlos!

OGA. Hoy le llaman Marqués de Antas.

EL SECRETARIO DE EMBAJADA. Marqués de Antas?...

Aquí traigo la prueba de que el último Antas murió hace veinte años.

MARQ. Y si no me llamo Antas, quién probará que me he llamado Carlos? Quién puede asegurar que he navegado con el capitán Lascours, cuando de los pasajeros y tripulantes de la Urania, nadie ha quedado vivo?

ESCENA X.

Los mismos, MARTIN.

MAR. Con que nadie, eh?... Buenas noches, señor don Carlos!

MARQ. Quién sois? Yo no os conozco.

MAR. Que quién soy? Martín, el marinero de la Urania; y os conozco muy bien, señor don Carlos; por cierto que hicisteis disparar sobre mi unas cuantas abellanas que no me alcanzaron... y yo no tiré mas que una, pequeñita...

MARQ. Mientes!

MAR. Cuidado, señor Marqués, que yo sé enseñar á los nobles educación!... Yo os disparé una pequeñita, y la bala se hospedó ahí. (*señala su brazo.*)

MARQ. Digo que mientes!...

MAR. Asesino! (*le rasga bruscamente la casaca.*) Mirad, mirad la cicatriz!

MARQ. Miserable!

MAR. Me alegro no haberos dado muerte, porque así podrán aborcaros hoy!

MARQ. (*fuera de sí.*) Perdido! Yo! Que pudiera pagar ejércitos y comprar reinos!... Imposible! Imposible!

HOR. Caéis en medio de vuestro esplendor, porque hay dos poderes sobre todos los demás, Dios y la ley!

MARQ. Oh! Antes me daré muerte!... (*quiere ahorcarse.*)

MAR. (*cofiéndole del pescuezo.*) Alto ahí, bandolero... Ya morirás, pero será en la horca.

MARQ. En la horca!

MAR. Tenía ganas de ver ahorcar á un marqués, y tú cumples mi deseo. Anda! Anda! Porque me das miedo, y no sé lo que voy á hacer contigo. (*se lo llevan.*)

DIA. Horacio, Marta de Lascours queda viuda... sed mi hermano.

OGA. Diana!

MAR. Tendremos boda, eh?

OGA. Y te quedarás con nosotros?

MAR. Siempre, siempre á vuestras órdenes; y mis orejas, mis narices y mi miedo al servicio de vuestros hijos!

FIN DEL DRAMA.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Madrid 19 de enero de 1854. Examinada por el señor censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.—Quinto.

MADRID, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.